



Gabriel Tréllez (seud: Tirso de Molina)

# **CELOS CON CELOS SE CURAN**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Gabriel Tréllez (seud: Tirso de Molina)

# CELOS CON CELOS SE CURAN

Personas que hablan en ella:

CÉSAR, galán

SIRENA, dama

CARLOS, galán

DIANA

NARCISA

GASCÓN, criado

MARCO ANTONIO

ALEJANDRO

Un CORTESANO

Un ALCALDE

Dos CRIADOS

ACOMPAÑAMIENTO

ACTO PRIMERO

Salen CÉSAR, CARLOS y GASCÓN

CÉSAR:           ¿Hemos de apartarnos más  
                  de la ciudad, Carlos?

CARLOS:                   No;  
                  que la ribera del Po,  
                  que murmurar viendo estás  
                  mientras de Milán te alejas,  
                  si en sus cristales te avisas,  
                  agravios vende entre risas  
                  a tu amistad y a mis quejas.

CÉSAR:           No te entiendo.

CARLOS:                   No me espanto.  
                  Déjanos solos aquí  
                  Gascón.

GASCÓN: Siempre obedecí  
a quien sirvo y quiero tanto  
y más a estas ocasiones,  
porque yo cuando hay envites  
digo quiero a los convites  
y descarto las cuestiones.

Vase

CÉSAR: Ya estamos solos; procura  
declararte. ¿Es desafío?

CARLOS: No nos oye más que el río  
que no ofende aunque murmura.  
Deja de aumentar agravios  
dudando de mi fe ansí,  
que mis quejas contra ti  
sólo tienen en los labios  
discreta jurisdicción,  
no en la espada, que en efeto  
reverencian el respeto  
que te debo.

CÉSAR: La ocasión  
con que las formas repara  
que me suspendes y admiras.

CARLOS: Por fabulosas mentiras  
las propiedades juzgara  
que pintó la antigüedad  
en la amistad verdadera,  
si hallarlas en ti quisiera.

CÉSAR: Pues ¿es falsa mi amistad?

CARLOS: Parécelo.

CÉSAR: Di el porqué.

CARLOS: ¿Por qué, desata esta duda,  
pintó a la amistad desnuda  
quien su Apeles sutil fue?  
¿Por qué, si no es en tu mengua,  
su lado abierto mostró  
y del pecho trasladó  
el corazón a la lengua?  
¿Por qué le vendó los ojos,  
dejando libres los labios?

CÉSAR: Jeroglíficos agravios  
me proponen tus enojos;  
misterioso vienes. Digo  
que si desnuda pintaban

la amistad los que enseñaban  
leyes al perfeto amigo

fue para darle a entender  
que entre los que la profesan  
y su lealtad interesan  
ningún secreto ha de haber.

Porque si se definió  
que era una alma en dos sujetos,  
afirmando los discretos  
que el amigo es otro yo,  
mal quedara satisfecho  
de quien sus pasiones calla  
el amigo que no halla  
en un lugar lengua y pecho.

Mas yo ¿cuándo he delinquido  
contra estas leyes? ¿qué llaves  
no te ha dado el alma?

CARLOS: Sabes,

César, que señor has sido  
de la mía de tal modo,  
que hasta el menor pensamiento  
jamás de tu amor exento,  
viendote dueño de todo  
y a mí tan perfeto amigo,  
ya grave, ya humilde fuese,  
antes que yo le entendiese  
se registraba contigo.

¿Qué desdenes de Vitoria  
--sol que adoro--, qué desvelos,  
ya bastardos por los celos  
ya hijos de la memoria,  
dejé de comunicar  
contigo, si tal vez hubo  
que compasivo te tuvo  
de tal suerte mi pesar  
que en recíprocos enojos  
tanto amor nos conformó  
que porque lloraba yo  
afeminaste tus ojos?

CÉSAR: Pendiente estoy de tus labios,  
confuso con tus razones.

¿Las que son obligaciones,  
Carlos, vuelves en agravios?

Si lloras, lloro contigo;  
alégrame tu contento;  
lo mismo que sientes, siento,  
¿y me llamas mal amigo?

No te acabo de entender.

CARLOS: Ya sabes que la igualdad  
es hija de la amistad.  
Tu igual me veniste a hacer  
el día que me llamaste  
amigo tuyo.

CÉSAR: Es así.

CARLOS: De sangre noble nací,  
si la ducal heredaste.  
Ya sé que tan cerca están  
tus partes de tu ventura  
que para hacerla segura  
la corona de Milán  
un solo estorbo hay en medio  
de un sobrino que la goza  
tan enfermo en edad moza  
que diera fácil remedio  
a mi deseo y tu estado  
la muerte, si permitiera  
cohechos o te quisiera  
como yo, aunque mal pagado.

CÉSAR: ¡Oh, Carlos! ¡Cómo se entiende  
que interesado tu pecho  
amistades que me ha hecho  
como mercader las vende!  
Sácame ya del cuidado  
con que suspenso te escucho,  
que quien encarece mucho  
no se tiene por pagado;  
y pienso yo que en iguales  
correspondencias de amor  
si ejecutas acreedor  
de la obligación te sales  
de deudor, pues te he querido  
con tan limpia y pura fe  
que en ellas te perdoné  
aun el serme agradecido.

CARLOS: ¡Muy bien lo muestras, por Dios!  
Sea, y búrlate de mí;  
tu secreto para ti  
y el mío para los dos.  
Los amigos de importancia,  
que se precian de leales,  
en los bienes y los males  
van a pérdida y ganancia.  
Mas tú que con los ingratos  
quieres lograr tus intentos,

avaro de pensamientos,  
con andar hoy tan baratos,  
pretendes en los desvíos  
con que me ocultas tu pena  
por gastar de hacienda ajena  
ser pródigo de los míos.

¿Tú triste, César, y yo  
de la ocasión ignorante?  
¿Tú desvelado, tú amante,  
y yo sin saberlo? No,  
no busques vana salida  
a culpas averiguadas.  
De la soledad te agradas,  
mi amistad aborrecida;  
no comunicas tormentos,  
ni yo quiero examinarlos;  
ya, César, te cansa Carlos;  
señor de tus pensamientos  
has sido; yo te los dejo.  
Goza a solas tu cuidado;  
los secretos que he fiado  
de ti te darán consejo;  
no llevo ninguno tuyo  
que restitüirte deba.  
Prueba otros amigos, prueba;  
y con aquesto concluyo  
amor sin comunicar,  
mientras dejas ofendida  
una amistad de por vida  
que ya por ti es al quitar.

Quiérese ir

CÉSAR:       Aguarda, Carlos, espera,  
satisfaré tus engaños;  
¿amistad de tantos años  
por ocasión tan ligera  
se rompe? Facilidad  
notable a culparte viene;  
mas no es mucho, también tiene  
sus melindres la amistad;  
también la asaltan recelos,  
que la amistad en rigor,  
por lo que tiene de amor,  
quejas forma y pide celos.

Es verdad que quiero bien  
en parte que corresponde  
agradecida; ni dónde,  
ni cuándo, Carlos, ni a quién  
te he dicho, que como sigo  
leyes que a la amistad puso  
más la antigüedad que el uso,  
y sé que el perfecto amigo  
no quiere ni intenta más  
de lo que quiere y intenta  
su amigo, no juzgué a afrenta  
la que en la cara me das,  
pues en este fundamento  
mi amor oculto creyó  
que gustando desto yo  
estuvieras tú contento.

Mas pues me llamas ingrato  
y a lo interesable vives,  
secretos das y recibes  
y ya es tu amistad contrato.

Oye, aunque el límite pase  
que me puso a quien respeto,  
pues debiéndote un secreto  
que sin que yo te forzase  
me donaste liberal,  
si hago pleito de acreedores,  
tus deudas son anteriores  
y es bien pague al principal;  
pero advierte que no es justo  
que pagarte más intente  
de aquello que cabalmente  
te debo.

CARLOS:           Logra tu gusto.  
La deuda quiero soltarte;  
no ofendas tu mudo amor.  
Mírame como acreedor;  
claro está que he de enfadarte.  
Quédate, César, con Dios.

Detiénele [CÉSAR]

CÉSAR:           Eso no. Desobligado  
has de dejarme y pagado  
has de partirme; los dos  
hacemos cuenta ajustada.

Ya estriba esto en interés;  
si te has de ir, vete después  
que yo no te deba nada.

Que amabas dijiste un día  
y antes que más te explicases  
y tu dama me nombrases  
yo, que en la filosofía  
estoy diestro de los ojos  
y los tuyos registré,  
que era Vitoria alcancé  
la causa de tus enojos.

Haz tú otro tanto también,  
si igual fineza te obliga,  
porque yo cuando te diga  
mi amor no te diré en quién  
le empleo.

CARLOS:                   Enojado estás.

CÉSAR:                No estoy, que es la causa leve;  
pero harto hace quien debe  
en pagar sin que dé más.

CARLOS:                Di que porque serte intento  
de provecho en tus cuidados,  
con paciencia tus enfados  
quiero sufrir.

CÉSAR:                   Está atento.

En un festín que el duque mi hermano hizo  
una noche..., --engañéme, un claro día,  
que agregación de luz desautorizo  
si a tanto sol describo noche fría:  
pródiga la hermosura y en su hechizo  
perdida la beldad que Chipre cría;  
competidoras discreción y gala  
y dilatada gloria en breve sala,  
cuadros de estrellas sostituyen flores,  
ya jardín el salón que amor cultiva,  
si estrados deste abril usurpadores  
no extrañan que en tal cuenta los reciba  
cercado de bellezas y valores  
el teatro ducal y la festiva  
ocupación sonora en instrumentos  
principio dio al sarao y a mis tormentos.

Libre gozaba yo la ejecutoria  
con que el descuido me eximió tributos  
que rinde el alma y guarda la memoria  
pechando penas más a menos frutos.  
¡Qué cerca está el tormento de la gloria!



¡Qué bien pintó al placer cortando lutos  
aquel que a los umbrales del sosiego  
la inquietud retrató pegando fuego!

Licenciosa la vista se derrama  
por venenosos campos de hermosura,  
présago amor de ejecutiva llama  
que libre cuello sujetar procura.  
Vi, Carlos, en efeto, vi a una dama,  
imperiosa opresión de mi ventura,  
que presidiendo en tribunal de estrellas  
lo que esta desperdicia logran ellas.

Gozaba, al lado suyo, un caballero  
privilegios de fiestas semejantes,  
de incógnito valor, cobarde acero,  
desvalido entre méritos amantes.  
No te sabré afirmar cuál fue primero,  
o amar o estar celoso; mas sé que antes  
que advirtiese mi estado peligroso  
si amante me admiré, temí celoso.

Salí a danzar, ya rayo de venganzas,  
por malograr indigna competencia,  
y a la marquesa saco; entre mudanzas  
festivas --mal presagio a la experiencia--  
sembró risueña en celos esperanzas,  
espinas que coronan la paciencia;  
yo de veras amante, el festín juego;  
cesó la danza y comenzó mi fuego.

Ocupo el lado, si cobarde amando,  
atrevido celoso; y suspendiendo  
discursos a la lengua hablé mirando,  
propuse mudo y obligué temiendo.  
Ella cifras de amor delectando  
lo que negó callando pagó viendo.  
¡Oh amor, al principiar dulces enojos,  
idiota en labios, elocuente en ojos!

Puso a la fiesta fin la aurora, llena  
de envidias más que aljófares; ¡qué prisa  
a mi espaciosa suspensión! ¡Qué pena  
a obscura ausencia su purpúrea risa!  
Acompañé hasta el coche a mi Sirena...

CARLOS:       ¿Que Sirena es la dama que me avisa  
tu inadvertencia? Más que a tu cuidado  
a tu descuido quedaré obligado.

Ya César me sacaste de adivino;  
prosigue.

CÉSAR:               ¿Para qué, si soy tan necio  
que ofendiendo secretos descamino

dichas de amor y leyes menosprecio?  
Pasé a la lengua el alma, en ella vino  
Sirena aposentada; que no precio  
sin Sirena vital acción ¡qué asombro!,  
vivo en nombralla y muero si la nombro.

Ya, Carlos, sabes más que yo quisiera;  
vencíste me y perdí la por nombralla.  
¡Oh lengua para el mal siempre ligera!  
¡Oh pecho descuidado al refrenalla!  
Si eres leal, si quieres que no muera,  
su nombre se te olvide, o si no calla;  
que si alcanza a saber que está ofendida  
desacredito a amor, pierdo la vida.

CARLOS:           ¡Ah, César, quién pudiera ejecutivo  
quererte menos por vengar agravios!  
¿Qué importa conocerla si en ti vivo?  
Lo que me ocultas tú debo a tus labios;  
prosigue con tu amor ponderativo  
y estima en más respetos, si no sabios,  
leales en sufrirte y no ofenderte,  
que al olvido la nombras o a la muerte.

CÉSAR:           ¿Qué quieres, caro amigo, que prosiga?  
Facilitó imposibles la frecuencia;  
muchas veces la hablé; muchas obliga  
a firme resistir, firme asistencia;  
desdeñosa al principio, ya mitiga  
rigores, ya al amor, correspondencia  
que caudalosa en voluntades trata,  
risueña obliga y satisface grata.

Sólo de tu amistad, --¿diré envidiosa?,  
bien puedo, que no quiere que a la parte  
entres con ella en alma que imperiosa  
duda de gobernar sin desterrarte--  
premática me puso rigurosa  
con privación de no comunicarte  
su nombre, ni mi amor, y esto con pena  
que en sabiéndolo tú, pierdo a Sirena.

Sé agora, Carlos, juez de mi indiscreto  
roto silencio ya; serás testigo  
de mi muerte también si a su respeto  
te atreves y a la ley de hidalgo amigo.  
De mi alma eres señor; de mi secreto  
con la sortija de Alejandro obligo  
tus labios y lealtad, porque al sellarlos  
la fe que a Efestión obligue a Carlos.

Sale GASCÓN

GASCÓN:           ¡Damas, cuerpo de Dios, damas,  
despedid por hoy enojos  
y desenvainad los ojos  
que en las amorosas llamas  
    un crítico los llamó  
espadas negras de esgrima!  
A Sirena y a su prima  
cierto coche malparió  
    en ese jardín frontero,  
porque entre sus hortalizas  
flores se llamen mellizas  
y su comadre el cochero.  
    Visto os han y acá se aplican;  
amor en el campo es hambre  
y todo encuentro fiambre  
da apetito; si se pican  
    dos a dos estáis.

CÉSAR:           Ya temo  
con qué ojos miraré,  
Carlos, a quien quebranté  
el primer precepto.

CARLOS:           Extremo  
    escrupuloso es el tuyo;  
ya yo no tengo memoria  
de lo dicho. A mi Vitoria  
voy a ver; ¡ay Dios, si suyo  
    me llamara! Tú, entre tanto  
que sus rigores mitigo,  
prosigue dichas amigo,  
prosiguiré yo mi llanto;  
    que en mis penas divertido  
si tú en tu gloria elevado  
sabrá en tu amor mi cuidado  
darme por desentendido.

Vase

GASCÓN:       (Dama falta para mí;     Aparte  
el primer lacayo soy  
que huérfano de hembra estoy.  
Dijérala a hallarla aquí,  
    a fuer de cómico humor:

"¿Y ella no nos dice nada?"  
Respondiérame alentada:  
"Y él ¿sabe tener amor?"  
"Y ella ¿qué gusto embaraza?  
¿qué voluntad fregoniza?"  
"Y él ¿en qué caballeriza  
ejercita la almohaza?"  
"Y ella ¿a quién vende novillos?"  
"Y él ¿cuánto ha que es moscatel?"  
Porque eso de "¿y ella?," "¿y él?"  
dan al gracejo estribillos.  
Mas pues lacayo soltero  
soy y no hay con quién hablar  
iréme a cochiquizar  
un rato con el cochero.

Vase. Salen SIRENA y DIANA

SIRENA: Estas riberas frecuento  
con notable inclinación.  
DIANA: Animan la suspensión  
de tu altivo pensamiento  
sus márgenes siempre amantes,  
que contra estivos rigores  
humildes ya en niñas flores,  
locas ya en plantas gigantes,  
tejiendo lazos estrechos  
criaturas dél parecen,  
que aves cantan, vientos mecen  
y él alimenta a sus pechos.  
SIRENA: Poéticas descripciones  
autorizas.  
DIANA: Entretienen  
mientras obscuras no vienen  
a deshermanar razones.  
Mas advierte que hemos sido  
asaltadas.  
SIRENA: ¿Cómo así?  
DIANA: César, tu amante, está aquí.  
SIRENA: La primer vez que ha venido  
desacompañado es ésta.  
¿César sin Carlos? Extraña  
novedad.  
DIANA: No se acompaña  
amor que no manifiesta

sus secretos; soledades  
busca toda suspensión.  
SIRENA: Di leyes de mi afición,  
que malogran amistades.

Llégase a ellas

CÉSAR: Viendo yo la compostura  
deste sitio, prenda mía;  
las nuevas flores que cría  
su aventajada hermosura,  
luego dije a mi ventura,  
"¿Tan alegre esta ribera?  
¿tan florida y lisonjera?  
Notable ocasión tendrá;  
que quien tan compuesta está  
visita o huésped espera."

No salió mi consecuencia  
mentirosa, si bien veo  
que no es cortés este aseó  
sino loca competencia.  
El campo en vuestra presencia  
con arrogante osadía  
parece que os desafía  
y en plaza de armas de flores  
esperanzas y temores  
le dan miedo y osadía.

Competencia es desigual;  
envidias de perlas llora;  
rindióse, ya es vencedora  
la marquesa del Final.  
Los pies os besa en señal  
de que humilde os obedece;  
ya le pisáis, ya florece  
de nuevo; dichoso ha sido  
quien pisado y oprimido  
risa aumenta y flores crece.

SIRENA: Ni el río, César, ni el prado  
enseñaros a hablar pudo,  
que uno y otro, obrando mudo,  
cuerdo obliga y causa agrado.  
Hasta el río es tan callado  
que con reinar su corriente  
desde su ocaso a su oriente  
palabras aborreció

tanto que se llama el Po  
con dos letras solamente.

Vos, al contrario, perdiendo  
suertes que estoy recelando  
lleváis mal amar callando  
y obligar obedeciendo.  
Perficionaros pretendo,  
César, porque en mi afición  
no tendrá jurisdicción  
--esta altivez perdonad--  
ni parlera voluntad,  
ni ocupada inclinación.

CÉSAR:       ¿Pues quién, si no lo fingís,  
ocupando el alma mía  
os usurpa monarquía  
que sola en ella adquirís?

SIRENA:     Pensamientos divertís,  
que yo quisiera ocupados  
y menos comunicados  
con quien, no sé si indiscreto,  
desacredita el secreto  
que abona vuestros cuidados.

Este Carlos ha de echaros,  
César, a perder sin duda.

CÉSAR:       Con él mi voluntad muda  
no se ha atrevido a agraviaros;  
obedeceros y amaros  
son el arancel que sigo,  
tanto que con ser mi amigo  
y una alma sola los dos,  
porque me lo mandáis vos  
le agravio y le desobligo.

Ni yo le he comunicado  
desvelos de mi ventura,  
ni él, aunque los conjetura,  
saberlos ha procurado.

SIRENA:     Andáis vos muy alentado,  
César, para no tener  
amigo con quien hacer  
plaza de favorecido  
que suele, si está oprimido,  
un secreto enflaquecer.

Vos sólo en mi voluntad  
sois absoluto señor;  
si es correspondencia amor,  
pagadme con igualdad;  
no ha de ocupar su amistad

alma que se llame mía  
por más que en ella porfía  
vivir quien me la usurpó,  
que soy muy gran huésped yo  
para estar en compañía.

Carlos, sea o no leal,  
me cansa, y no será bien,  
César, que queráis vos bien  
a quien me parece mal;  
dejarle será señal  
de que a mi amor os obligo.

CÉSAR: Mirad, señora...

SIRENA: Esto os digo;  
leyes de mi gusto son.  
César, en resolución  
o con Carlos o conmigo.

Vase

CÉSAR: Esperad, oíd; tenelda,  
Diana hermosa, obligalda  
a que me escuche; llamalda,  
reducilda, disponelda...

DIANA: Si la amáis, obedecelda,  
César; que probar ordena  
a costa de vuestra pena  
la fe de vuestra afición.

CÉSAR: ¿Pues eso...?

DIANA: En resolución,  
con Carlos o con Sirena.

Vase

CÉSAR: Esto estriba ya en porfía  
más que en finezas de amor;  
no hay belleza sin rigor,  
ni altivez sin tiranía.  
Estos espíritus cría  
la hermosura idolatrada.  
¡Ah presunción encantada  
en mujer desvanecida;  
arrogante si querida,  
terrible si despreciada!

¿Que deje yo la amistad  
de Carlos? ¿Que agravie yo  
a quien debo tanto? El Po,  
padre desta amenidad,  
primero a la eternidad  
casi de su curso frío  
con mudable desvarío  
ofenderá y imprudente  
nacerá mendiga fuente  
donde muere inmenso río,  
que con culpables mudanzas  
ofenda la inclinación  
que aumenta mi obligación  
y alienta mis esperanzas.  
Ponga el tiempo en dos balanzas  
mi amistad, mi ardiente pena,  
que si a olvidar me condena  
la una fuerza ha de ser,  
Carlos, por no te perder  
dejar de amar a Sirena.

Adórola; mucho digo.  
¡Oh ciegas contrariedades!  
Hallar podré otras beldades,  
pero no otro igual amigo.  
Si le dejo, me castigo;  
piérdome, si no le dejo  
y en dos caminos perplejo  
hallo --¡extraña confusión!--  
mi desdicha en la elección  
y mi daño en el consejo.

Sale CARLOS muy contento

CARLOS:            ¡Cómo podré yo explicarte  
mi gozo, amigo...! No digo  
bien, que el señor no es amigo,  
y viniendo a gratularte  
duque de Milán, no es cuerdo  
el título que te doy.  
Tu vasallo, duque, soy  
cuando el ser tu amigo pierdo.  
Murió tu sobrino ya;  
duque de Milán te aclama  
festiva a voces la fama  
y de suerte alegre está



la nobleza y pueblo junto,  
que agradeciendo a la muerte  
su dicha olvida por verte  
las obsequias del difunto.

En tu busca la nobleza  
sale y toda la ciudad:  
trueque por la majestad  
el título vuestra alteza  
y déme para besarlos  
los pies.

CÉSAR: Cuando estilo mudas  
me ofendes por ver que dudas  
de lo que te estimo Carlos.

El parabién que me das  
dátele también a ti;  
para ti soy lo que fui,  
duque para los demás.

La fortuna no enajena  
amigas jurisdicciones.  
El norte de mis pasiones,  
como sabes, es Sirena  
y puesto que pende della  
toda mi felicidad,  
por no perder tu amistad  
a riesgo estoy de perdella.

No me mudo yo, aunque herede;  
César para ti he de ser;  
que Milán no ha de poder  
lo que Sirena no puede.

CARLOS: ¿Pues qué hay en eso?

CÉSAR: Despacio  
sabrás las contradicciones  
de mis confusas pasiones.  
Vamos agora a palacio;  
y mientras conmigo estás,  
Carlos, a solas no mudes  
estilo ni de mí dudes,  
que si apetezco ser más  
es para que más poseas.

CARLOS: Eres César y de modo  
lo vengas a ser del todo  
que César Augusto seas.

Vanse. Salen SIRENA y DIANA

SIRENA:           ¿Duque, César?  
DIANA:            Premia el cielo  
                  partes dignas de reinar.  
                  Creció a sus plumas el vuelo  
                  tu amor; ya te puedo dar  
                  plácemes.

SIRENA:            ¿De qué?  
DIANA:            El desvelo  
                  con que César te ha servido  
                  aumentará en tu favor  
                  deseos contra el olvido;  
                  que en el noble crece amor  
                  con el estado.

SIRENA:            He nacido,  
                  Diana, tan sobre mí  
                  que si le favorecí  
                  hasta este punto, no sé  
                  desde agora lo que haré.

DIANA:            ¿Qué dices? ¿Estás en ti?  
SIRENA:            Estoylo, y tanto que crece  
                  mi olvido con la razón.  
                  Creerás que me desvanece  
                  la ducal ostentación  
                  que esa esperanza me ofrece;  
                  mas puesto que él lo merezca  
                  yo solo intento querer,  
                  aunque soberbia parezca,  
                  amante que engrandecer,  
                  no duque que me engrandezca.  
                  Llegará a mí presumido,  
                  cuando no desvanecido,  
                  César a hablarme y creará  
                  que sus dichas pisan ya  
                  celos, desdenes y olvido.  
                  ¡Qué grave que entrará a verme!  
                  ¿Mas que hace, para obligarme,  
                  majestad el pretenderme,  
                  favor el solicitarme  
                  y pasatiempo el quererme?

DIANA:            ¡Ay, prima! Déjate deso  
                  que pones en opinión  
                  tu cordura.

SIRENA:            Todo exceso  
                  altera la discreción,  
                  Diana, y oprime el seso.  
                  Hombre que duda dejar  
                  por mí un amigo y causar

pudo en mi amor sentimiento  
¿no ha de obligar mi escarmiento?  
¿No me ha de desestimar  
duque ya y entronizado;  
de monarcas pretendido  
por yerno, solicitado  
de reyes y persuadido  
a deidades de su estado?

DIANA: ¿Luego no le quieres bien?

SIRENA: Infinito.

DIANA: ¿Pues qué intentas?

SIRENA: Que celos causa le den  
de amarme más.

DIANA: De esas cuentas  
no sé si has de salir bien.

SIRENA: Esta alta razón de estado  
mis quimeras han hallado,  
que ha de ser en mi favor;  
con celos se aumenta amor,  
sin ellos es descuidado.

César, duque de Milán,  
de lisonjas aplaudido,  
si desvelos no le dan  
recuerdos, prima, en su olvido  
mis deseos penarán;  
a más difícil empresa  
más ardides, más soldados.

DIANA: ¿Y si te deja?

SIRENA: Marquesa  
me quedo, alivio cuidados  
y esperanzas de duquesa

DIANA: Terrible, Sirena, estás;  
pero ¿con quién le darás  
celos, rabiosos venenos?

SIRENA: Con hombre que valga menos  
para que lo sienta más.

Marco Antonio, aqueso necio,  
para esto me ha parecido  
bien, aunque de poco precio.

DIANA: Celos engendran olvido  
si paran en menosprecio.

SIRENA: Yo he de probar los quilates  
de los celos.

DIANA: Grande error  
es que probar hombres trates,  
porque pruebas en amor  
suelen llorar disparates.

Sale MARCO ANTONIO

MARCO ANTONIO: Por no ver los regocijos  
que a César previene el pueblo...

A SIRENA

... a ese César venturoso,  
--perdóneme si le afrento  
cuando este nombre le aplico,  
que yo no sin causa pienso  
que necesidad y ventura  
en este siglo es lo mismo--  
salí a divertir envidias  
a esta soledad, creyendo  
crecer en ellas pesares,  
porque los mismos efectos  
causan la música y campos,  
si es verdad que son aumentos  
de tristezas en el triste,  
de gustos en el contento.  
Mas piadosa la fortuna  
dio a mis pesares consuelo  
cuando menos le esperaba  
con vuestro dichoso encuentro;  
pues del modo que se olvidan  
nafragios, tomado el puerto,  
heridas con la vitoria  
y trabajos con el premio,  
mis envidias se olvidaron,  
hermosa marquesa, viendo  
en vos cifrado mi alivio,  
pues no hay penas donde hay cielos.

SIRENA: Enfermos de un mal los dos,  
Marco Antonio, nos podremos  
consolar el uno al otro,  
si consuela el mal ajeno.  
Yo también a estas riberas  
contaba los desaciertos  
en que la fortuna loca  
constituye su gobierno.  
Cortó en agraz el abril

del más ilustre mancebo  
que vio Milán en su silla,  
que dio esperanzas al tiempo.  
Dejó en su lugar a César,  
si antes de heredar soberbio,  
juzgad vos qué tal será  
ya señor, ya no heredero.  
No hay elección en los hados;  
desde sus principios fueron  
naturaleza y fortuna  
opuestas en sus efectos.  
¡Cuánto érades vos más digno,  
noble, gallardo, discreto,  
cortés, liberal, afable,  
que un hombre en todo diverso!

MARCO ANTONIO: Ya que esa merced me hacéis,  
y adorándoos no hay secreto  
que ose el alma reservaros,  
yo, mi Sirena, os prometo  
que llegándome a mirar  
no ha mucho al líquido espejo  
dese cristal fugitivo,  
dije --sus flores lo oyeron--  
"Si méritos y no dichas  
entronizaran sujetos  
sin excepción de personas  
¿quién me negara el imperio?  
En los dotes naturales  
¿qué me falta? ¿qué no tengo?  
Sangre ilustre, deudos claros,  
alma noble, gentil cuerpo,  
generosa inclinación,  
alentados pensamientos  
en la adversidad constantes  
en la prosperidad cuerdos;  
infatigable al trabajo,  
festivo y galán en juegos;  
para el amigo apacible  
para el contrario severo;  
estudioso cortesano...  
y, sobre todo, --¿dirélo?--  
de la marquesa bien visto,  
con que a mi dicha eche el sello."

DIANA: (Tal te dé Dios la salud.) Aparte

SIRENA: (¿Hay presumido más necio? Aparte  
Buen competidor escojo  
para darle al duque celos.)

A él

No desmerecéis conmigo  
por alabaros, si es cierto  
que quien a sí no se estima  
causa en otros menosprecio.  
Más con eso me obligáis,  
que el propio conocimiento  
incita a heroicas acciones  
y más siendo como el vuestro.  
Creed, señor Marco Antonio,  
que pudo en mí el conoceros  
tal vez tanto que ha formado  
quejas contra vos mi sueño.  
Contemporizad prudente  
de la fortuna sucesos,  
ciegos como quien los guía.  
César es duque, en efeto;  
conformaos con sus vasallos,  
id galán, dalde compuesto  
parabienes pesarosos,  
aplaudilde lisonjero;  
que yo por contrapesar  
vuestros justos sentimientos  
añadiré a vuestras galas  
favores agora honestos.  
Esta banda de diamantes

Dásela

tuvo a un príncipe por dueño  
que por vos pongo en olvido,  
mejorada ya de empleo.  
Honralda y después...

Sale GASCÓN y habla por las espaldas a MARCO  
ANTONIO, creyéndole su amo

GASCÓN:                                    Señor,  
ricos, pobres, mozos, viejos,

damas, dueñas, calles, plazas,  
fiestas, danzas... ¿Cómo es esto?

Vuelve MARCO ANTONIO y conócele  
GASCÓN

Vueselencia me perdone,  
que como no ha muchos credos  
que dejé a mi dueño aquí,  
pensé --es mi oficio dar piensos--  
que con vos se entretenía.

MARCO ANTONIO: A ser vos no tan grosero,  
pudiéades conocer  
quién soy yo.

GASCÓN: Tenéis los lejos  
ducales y no estoy ducho  
en examinar reversos  
humanos porque chamuscan  
a quien camina zaguero.  
No soy derramaplaceres;  
perdonadme, que ya os dejo;  
paréntesis fui lacayo,  
ni añadido ni quito al texto.

Quiérese ir

SIRENA: Esperad, ¿a quién servís?

GASCÓN: Serví hasta aquí a un caballero  
con no más que dos caballos,  
mas ya se llama duqueso.

SIRENA: ¿Criado del duque sois?

GASCÓN: Criado, si no a sus pechos,  
a los de real y cuartillo,  
que me hacen su racionero.

SIRENA: Pues no os vais, que tengo mucho  
que preguntaros.

A MARCO ANTONIO

Al cuello  
Marco Antonio este favor





en la opinión majadero,  
si ha de escoger lo peor  
escogeráme; apostemos.

Vanse

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen CÉSAR y CARLOS de luto mediano, y  
acompañamiento

CÉSAR: Yo estoy reconocido  
a la lealtad y amor con que ha venido  
la ciudad a ofrecerme  
la corona ducal y a entretenerme  
en las ostentaciones  
festivas, que en aquestas ocasiones  
a mis antepasados  
dejaron aplaudidos y obligados.  
Obsequias funerales  
sentimientos de amor piden iguales;  
que con honras funestas  
no dicen, caballeros, bien las fiestas.  
Cumpla el culto divino  
en primero lugar con mi sobrino  
y después darán muestras  
con regocijos las lealtades vuestras;  
que juzgo por azares  
eslabonar placeres con pesares.

[CORTESANO]: Alabe en vuestra alteza  
Milán la discreción con la grandeza  
y llámese dichoso,  
señor que es heredero generoso  
no sólo deste estado

de las almas también, que en tanto grado  
rinden agradecidas  
a dominio de amor feudo de vidas.

Vanse los [cortesanos]

CÉSAR: Cúbrete, Carlos, agora.

CARLOS: ¿Yo, señor?

CÉSAR: En la igualdad  
dijiste que la amistad  
consistía; no lo ignora  
quien si en público pudiera  
hacer que te respetaran  
todos y a mí te igualaran,  
mi mismo poder te diera.  
Cuando estás solo conmigo  
indistinto de mí te hallo;  
sé en público mi vasallo,  
pero en secreto mi amigo.  
Cúbrete.

CARLOS: Servirte gusto.

CÉSAR: No digas servir aquí.

CARLOS: Cumplo tu gusto.

CÉSAR: Eso sí;  
no sirve, sino hace el gusto  
de su amigo quien merece  
tal nombre. Duque soy ya;  
gozoso Milán me da  
su corona y me obedece.  
No me has de juzgar ingrato,  
también tú has de ser marqués  
de Monferrato.

CARLOS: Los pies  
te beso. Mas Monferrato  
ya es pequeño para mí;  
pues si con nombre de amigo  
soy una cosa contigo,  
distinguiéndome de ti  
de ese modo, no podrán  
darme título de cuerdo  
los que ven que marqués pierdo  
el ducado de Milán.

CÉSAR: Bien arguyes; serás pues  
por ese mismo respeto  
duque conmigo en secreto,

pero en público marqués.

¿Cómo te va con tu dama?

CARLOS: Más a mi gusto se inclina  
a mis ruegos.

CÉSAR: Si adivina  
amor, profética llama,  
Carlos, que eres ya marqués  
de Monferrato, no dudo  
que lo que tu amor no pudo  
pueda en ella el interés.

¡Ojalá hiciera la mía  
otro tanto! Esta mudanza  
crece en mí desconfianza:  
¡Amor, ciega tiranía!

No me puedo persuadir  
que mujer que me desdeña  
por ocasión tan pequeña  
como es el verme asistir  
a tu amistad tenga amor.

CARLOS: Si hasta agora no heredado,  
dueño suyo te ha llamado,  
siendo de Milán señor

¿quién duda que este respeto  
grados a su amor añada?

CÉSAR: Quien cual yo se persuada  
que es la mujer un sujeto  
tan leve y sin fundamentos  
que en su varia confusión  
reinan, ciega la razón,  
efímeros pensamientos.

Jardín de diversas flores  
que con inconstancia vana  
nacen hoy, mueren mañana.

Desta suerte sus favores  
logra cualquier voluntad  
que en mujer los vinculó,  
y por esto se llamó  
hermosa la variedad.

Sale GASCÓN

GASCÓN: Aunque los que ejercitamos  
ministerios inferiores  
ni hablamos con los señores  
ni retretes profanamos

--el uso, excepción de leyes,  
que en las comedias admite  
porque el vulgo lo permite  
hablar lacayos con reyes--  
esta vez, que por ser una  
se me puede tolerar,  
subo, gran señor, a dar  
plácemes a tu fortuna.

CÉSAR: Admítolos. Yo os haré  
mercedes; andad con Dios.

GASCÓN: "¿Os haré?" y "¿andad?" ¿Ya es vos  
lo que tú hasta agora fue?  
Pues, vive Dios, que hubo día,  
aunque des en vosearme,  
que de puro tutearme  
me convertí en atutía.

CÉSAR: Gascón, tu estancia es abajo;  
vete y despeja.

GASCÓN: Eso sí;  
tú por tú, "vete" de aquí,  
y no "andad" con tono bajo,  
que esto de vos me da pena.  
Voyme; pero si te agrada  
daréte yo una embajada  
de la marquesa Sirena.

CÉSAR: ¿De quién?

GASCÓN: No sé yo si amor,  
si desdén, si celibato,  
me dio el cargo en breve rato  
de lacayo embajador.

Dejéte con ella hablando  
a los ribetes del río  
y cumpliendo un desafío  
del cochero estaba dando  
un rentoy, cuando escuché  
entre música festiva  
decir "¡César duque viva!"  
Alegre el naipe solté,  
y viendo que en busca tuya  
se despoblaba Milán,  
salto como un gavilán  
y luego todo aleluya  
creyendo hallarte con ella,  
--conocíla por las faldas--  
vi a un hombre por las espaldas:  
El placer ¿qué no atropella?  
Los ojos me encantusó;

que era mi duque entendí,  
las albricias le pedí;  
pero al punto que volvió  
la cabeza, en testimonio  
de lo que es una mujer,  
llegué a ver --y qué mal ver--  
tan privado a Marco Antonio  
que con el favor ufano  
que la señora le dio  
con los labios la ensució  
las espaldas de una mano.

CÉSAR:           ¿En la mano de Sirena  
labios Marco Antonio?

GASCÓN:                Sí.  
Perdón cortés le pedí  
y él, en lo hinchado ballena  
si en los méritos mosquito,  
me dijo: "Sois un grosero."  
Respondíle: "Caballero,  
yo aquí ni pongo ni quito;  
nacé a oscuras y he quedado  
grosero de conyunturas;  
que madre que pare a oscuras  
¿cómo puede hilar delgado?"  
Quise dejarlos, mas luego  
que la marquesa advirtió  
ser ministro tuyo yo  
me manda que aguarde; llevo  
a ver favores amantes  
y miro que la Sirena  
le echó al cuello una cadena,  
si no banda, de diamantes.

CÉSAR:           ¿Qué dices, loco?

GASCÓN:                Una banda,  
vive Dios, que vi a tu pecho  
mil veces; y él, satisfecho  
de necio, oye que le manda  
que viniendo a visitarte  
cuando en tu presencia esté  
muy corto y tibio te dé  
un recaudo de su parte,  
sin más encarecimientos  
ni muestras de regocijo;  
porque a aquesto obligan, --dijo--,  
enfadosos cumplimientos.  
Despidióse y luego escucho  
que dijo con tierno afecto:

"Correspondedme discreto  
y advertid que os quiero mucho."

Porque vean lo que son  
las mujeres, aunque sean  
marquesas, y porque vean  
la medra de su elección.

Partióse él favorecido  
y llamándome la dama  
me dijo: "A quien tibio ama  
pone mi agravio en olvido.

Marco Antonio es voluntad  
todo, y a mi amor sujeto  
ni ocasiona su secreto,  
ni me ofende su amistad."

"Pues a mí, señora mía,  
¿tócame eso?" --la respondo--.  
"Nunca me meto en tan hondo.

Gócele vueseñoría,  
sin que se deshaga dél  
un siglo, pues le escogió  
cuerdo o necio, porque yo  
no he de casarme con él."

Replicóme, "Aquesto os digo  
para que a vuestro señor  
digáis; que en casos de amor  
a quien tiene tal amigo  
poco le desvelarán  
venganzas de una mujer  
y a mí menos el perder  
la corona de Milán."

Picó con esto el cochero;  
dejóme y viniendo aquí  
lo pasado referí,  
relator y mensajero.

Y agora que del trabajo  
presente me descargué,  
los altos despejaré  
por los países de abajo.

Vase

CÉSAR:           ¿Ves, Carlos, cómo ha salido  
verdadero mi temor?  
¿Cómo no me tiene amor  
Sirena? ¿Cómo ha fingido

achaques y cómo es cierto  
que es Marco Antonio el dichoso?  
Pues dámele tú achacoso  
que yo te le daré muerto.

CARLOS: Admiro en tal discreción  
tan desatinado empleo,  
puesto que en la mujer veo  
la heredada imperfección  
de nuestra madre primera  
que escogió, como mujer,  
lo que nos echó a perder.  
La marquesa es su heredera,  
y hala querido imitar;  
pero anime tu venganza  
el ser la mujer mudanza  
y que al fin se ha de mudar  
Sirena.

CÉSAR: ¿Y eso es bastante?  
Pudieras, Carlos, saber,  
si es mudable la mujer  
que en sólo el mal es constante,  
y que con tales desvelos  
es ya mi pena mayor.  
¡Qué mal nacido es amor  
pues que se aumenta con celos,  
enflaquece con regalos  
y con desfavores crece!  
Esclavo, aunque es dios, parece  
pues hace virtud a palos.  
¿Qué he de hacer?

CARLOS: De mi consejo,  
fingir rigores conmigo;  
pues viéndote mi enemigo  
y que tu privanza dejo,  
si es ardid de su desdén  
el probarte contra mí,  
podrá ser se ablande así  
y pague en quererte bien.

CÉSAR: Carlos, no me des disgusto;  
no es amor lo que es porfía  
ni se funda en tiranía  
la ley süave del gusto.  
Yo adoraré su hermosura  
sin desdorar mi valor  
y aborreceré en su amor  
el tema de su locura.

Sale MARCO ANTONIO muy de gala con la cadena de SIRENA

MARCO ANTONIO: Aunque mis gratulaciones  
no sean de las primeras,  
gran señor, y prevenciones  
adelanten lisonjeras  
festivas ponderaciones,  
por más se estimarán  
no obstante que lleguen tarde.  
Mil años goce Milán  
esta dicha.

CÉSAR: Dios os guarde.  
¿Cómo venís tan galán  
a verme cuando este estado  
por el dueño malogrado,  
que en tierna edad se le ha muerto,  
de cuerdo luto cubierto  
sentimientos ha mostrado  
dignos del postrer tributo  
que deben los caballeros  
a su señor absoluto?  
Parabienes de herederos  
son parabienes de luto.

MARCO ANTONIO: Gran señor, inadvertencia  
de amante favorecido  
culpó mi poca experiencia.  
Quiero bien; precepto ha sido  
entrar así en su presencia  
de una dama.

CÉSAR: En los amantes  
no son disculpas bastantes  
las que en tales ocasiones  
deslucen obligaciones.

MARCO ANTONIO: Esta banda de diamantes  
me echó al cuello y me mandó  
que con ella a vuestra alteza  
visitase.

CÉSAR: Bien sé yo  
que aborreciendo firmeza  
de diamantes os la dio.

A CARLOS aparte



¡Ay Carlos, que estoy perdido  
a no vengarme, obligado  
por ser duque, y en su olvido  
a morir disimulado  
y a no quejarme ofendido!

#### A MARCO ANTONIO

Amante sois puntual;  
no me ha parecido mal  
que así cumpláis vuestro amor.

MARCO ANTONIO: Háceme mucho favor  
la marquesa del Final.

CÉSAR: ¿Que en vos logra su cuidado  
la marquesa? ¿Y llevará  
bien el que la hayáis nombrado?

MARCO ANTONIO: ¿Pues no, señor? Claro está;  
que trayéndoos un recado  
de su parte me consiente  
alardes de su hermosura.  
Dice que por el presente  
estado os dé la ventura  
laureles, que en vuestra frente  
multipliquen en Milán  
cuantas coronas están  
por el mundo repartidas,  
porque las gocéis unidas  
con el imperio alemán.

CÉSAR: Decilde vos a Sirena  
que de su cuerda elección  
la doy yo la enhorabuena;  
que escogió a satisfacción  
de todos; que quien ordena  
de sus afectos tan bien  
no nos deja qué cuidar;  
que admito su parabién  
y que os pudiera envidiar  
quereros tal beldad bien,  
si el cargo destes estados  
dejara desocupados  
pensamientos inferiores  
que ya en materia de amores  
se retiran jubilados;  
y que he de ser yo el padrino

desposándose con vos.

A CARLOS aparte

¡Ay Carlos, qué desatino!

MARCO ANTONIO: Guarde a vuestra alteza Dios,  
que puesto que soy indigno  
de tal merced le prometo  
reconocella leal  
y desde agora la aceto.

CÉSAR: Si sois marqués del Final,  
tendrá un señor muy discreto.

Vase [MARCO ANTONIO]

CARLOS: Ya de tu desasosiego  
la cura eficaz hallé;  
que más alcanza quien ve  
que el que se ocupa en el juego.

Ni Sirena te aborrece,  
ni mi amistad la da enojos,  
ni en Marco Antonio los ojos  
pone, ni le favorece.

Por tenerte inclinación  
con ardides te conquista  
su amor; sé buen estadista  
y lograrás tu afición.

Mujer que estima el secreto  
de su amor de suerte en ti  
que le recela de mí,  
si no te quiere ¿a qué efeto  
mandarle publicar pudo  
a este necio opositor,  
en él pregonero amor  
y en ti solamente mudo?

Sin más causa, no lo creas.  
Obligarle a visitarte  
con recaudos de su parte  
para que en su cuello veas  
prendas de quien dueño fuiste;  
permitir su desenfado  
delante de tu criado  
las cosas que agora oíste,

no está fundado en desdén  
si reparan tus desvelos  
en que ninguno da celos  
a lo que no quiere bien.

CÉSAR:       ¿Pues en qué puede estribar  
que se deleite Sirena,  
Carlos, en darme a mí pena?

CARLOS:       Descuida el asegurar  
y aviva mucho el temer.  
Vete Sirena ensalzado,  
por duque reverenciado  
y casi real tu poder;  
dificulta su esperanza  
al paso que vas creciendo,  
y amor por celos subiendo  
lo más remontado alcanza.  
A más subir, más escalas  
para alcanzarte procura,  
porque a tan sublime altura  
mal volará amor sin alas.  
En esta razón de estado  
funda todo su rigor.

CÉSAR:       De su filósofo amor  
pienso que en la causa has dado;  
y sírvenme de consuelo  
el imaginar que así  
no se desdeña de mí  
quien viviendo con recelo  
de que me puede perder  
celos pone de por medio.  
Confiésote que es remedio  
de tan eficaz poder  
que igualmente crece en mí,  
Carlos, mi amor con mi agravio.

CARLOS:       Pues aprovéchate sabio  
de sus armas.

CÉSAR:       ¿Cómo así?

CARLOS:       Finge amar en otra parte,  
que celos en competencia  
donde hay menos resistencia  
vencedor han de sacarte.  
Sirena es mujer; no puede  
siéndolo disimular  
su menosprecio y pesar;  
fuerza es que vencida quede.  
Amante que fue querido  
y ruega menospreciado

muestras da de afeminado  
cuando se humilla ofendido;  
y no has de ser tú tan necio  
que ruegos en tal sazón  
animen su presunción  
y engendren su menosprecio.

CÉSAR:           ¿Qué experimentado estás  
en amorosos desvelos!

CARLOS:       Batallen celos con celos;  
veremos quién puede más.

CÉSAR:       Alto, yo he de obedecerte.  
Mas ¿a quién elegiré  
para eso?

CARLOS:           Yo te daré  
dama para merecerte,  
digna de humillar el seso  
más libre, cuya presencia  
a Sirena en competencia  
desvele.

CÉSAR:           No digas eso,  
que en Sirena aventuró  
la hermosura su caudal.

CARLOS:       ¿No merece ser igual  
la que en Valencia del Po  
es condesa? ¿No es Narcisa  
hermosa competidora  
del sol de quien es aurora?

CÉSAR:       Carlos, es cosa de risa  
compararla con Sirena.  
Alabo su perfección,  
celebro su discreción  
y sé que Narcisa es buena  
para que en ausencia suya  
encarezcas su favor,  
mas no para que en mi amor  
por Sirena sustituya.

CARLOS:       No disputemos en eso;  
sólo intento que con ella  
pruebes en tu dama bella  
si celos quitan el seso.

Prima es de Victoria.

CÉSAR:           Ordena  
a tu voluntad la mía;  
que si de la tiranía  
triunfo por ti de Sirena  
y tus trazas me aseguran  
de su severo rigor,

sabré que en males de amor  
celos con celos se curan.

Vanse. Salen NARCISA y ALEJANDRO

NARCISA: No has de salir al torneo  
si deseas darme gusto.

ALEJANDRO: En él, Narcisa, me empleo;  
mas mi palabra no es justo  
que por cumplir tu deseo  
se quiebre.

NARCISA: ¿Por qué has de dar  
palabra tú sin tener  
mi licencia?

ALEJANDRO: No has de usar  
de tu amoroso poder  
tanto que no des lugar  
a que cumpla mi valor  
con la obligación mayor  
que como vasallo debo  
en Milán al duque nuevo.  
Sus límites tiene amor  
en materia de quererte,  
de agradarte, de servirte;  
mi gloria es obedecerte,  
mi regalo divertirme  
y mi tormento ofenderte.  
Pero en lo demás ya ves  
que soy libre.

NARCISA: No se ofende  
desto quien firme amante es,  
que amor a todo se extiende;  
y aunque en ese tema des  
dudo por lo que te quiero  
desgracias, que en tales fiestas  
un accidente ligero  
les vuelve tal vez funestas;  
y vistiéndose de acero  
no sé yo quién las ha dado  
ese nombre mal fundado;  
que fiestas si dellas gustas  
en vez de telas de justas  
visten telas de brocado.  
¿Ves como tiene el amor  
derecho para mandarte

que no salgas?

ALEJANDRO: Tu temor  
puede, mi bien, disculparte.  
Yo he de ser mantenedor;  
colores me puedes dar  
con que animes mi esperanza.

NARCISA: Mas que por este pesar  
has de obligar mi venganza...

ALEJANDRO: Ea, deja de amenazar,  
que cuanto más propusieres  
olvidarme más me quieres.

NARCISA: Dame penas confiado;  
sabrá tal vez tu cuidado  
lo que es agraviar mujeres.

Sale CARLOS

CARLOS: En fe de lo que os estima  
mi reconocido amor,  
que ya por vuestro favor  
alcanza el de vuestra prima,  
Narcisa hermosa, no tengo  
por contento el que hoy recibo  
si del parabién me privo  
que a recibir de vos vengo.

César, duque deste estado,  
y tan amigos los dos  
¿quién duda que me deis vos  
plácemes de su privado?

NARCISA: Deseaba, Carlos, yo  
de manera vuestro aumento  
que al instante mi contento  
las albricias me pidió;  
que ya dobladas serán  
pues, si no hay cosa partida  
en amistad tan unida,  
siendo duque de Milán  
y gratulándoos a vos  
parabienes desobligo,  
pues dándolos a su amigo  
en uno cumplo con dos.

El cielo en César aumente  
estados que vos gocéis.

CARLOS: Como licencia me deis  
para cierto caso urgente

aparte os quisiera hablar,  
si Alejandro lo permite.

NARCISA: Alejandro siempre admite  
lo que yo suelo estimar.

ALEJANDRO: Y más siendo vos a quien  
tanto yo servir deseo.

CARLOS: Siempre, señora, me empleo  
en lo que ha de estaros bien.

ALEJANDRO: (¿Que le está bien a Narcisa Aparte  
y que no lo sepa yo?  
Sospechas, mal sosegó  
amor que al recelo avisa.  
¡Vive Dios que voy dudoso!  
¡Oh mar de amor, leve esfera,  
qué poca ocasión altera  
las olas de tu reposo!)

Vase

CARLOS: Condesa, esta universal  
deidad, que todo lo abrasa,  
ha traído a vuestra casa  
al nuevo duque; su mal  
sólo en vuestra discreción  
espera remedio.

NARCISA: ¿En mí?  
Carlos, jamás preferí  
el oro a la inclinación;  
yo se la tengo a quien puede  
quejarse de vos.

CARLOS: Señora,  
no os alteréis hasta agora;  
que sin que Alejandro quede  
de su amor desposeído,  
ni vos el nombre temáis  
que constante eternizáis,  
lo que por el duque os pido  
es tan sin riesgo del daño  
que prevenida teméis...  
como dél mismo sabréis,  
que entra a veros

NARCISA: Si es engaño,  
Carlos, perderéis conmigo  
mucho crédito los dos.

CARLOS: Ni es contra él, ni contra vos

y es todo en bien de mi amigo.

Sale CÉSAR galán, como de noche

CÉSAR: Privilegios de la noche  
divierten, Narcisa bella,  
enfados y gravedades  
que cuanto autorizan pesan.  
Partieron jurisdicciones  
el día y la noche quieta;  
aquel negocios librando  
y entretenimientos ésta.  
Tanto destes necesito  
que habéis de darme licencia  
para que en vuestra hermosura  
hallen puerto mis molestias.

NARCISA: Como yo sea tan dichosa  
que en esta casa entretenga  
sin agravio de mi fama  
sus pesares vuestra alteza,  
podré con ese favor  
dar envidia a la soberbia,  
calidad a quien la habita  
y alabanza a su llaneza.  
A lo menos yo, entre tanto  
que tal merced gozo en ella,  
quisiera como de duque  
darle de rey norabuenas.

CÉSAR: Todo lo que yo valiere  
como vos gustéis, condesa,  
a vuestra disposición  
tendrá ventura más cierta.  
¡Ay Narcisa, y qué engolfado  
en agravios, en sospechas,  
en desprecios y en venganzas  
vengo a que me saquéis dellas.

NARCISA: ¿Yo, gran señor?

CÉSAR: Sola vos  
habéis de ser contrayerba  
del veneno que me abrasa,  
del fuego que me atormenta.  
Esa discreción hermosa,  
esa hermosura discreta,  
castigo tiene de ser  
de presunciones protervas.



Si vos no, ¿quién puede darme  
vitoria en tan ardua guerra,  
vida en tan mortal peligro,  
gloria en tan ingratas penas?

NARCISA: Haced, suplicios señor,  
generosa resistencia  
a ímpetus desiguales  
si es bien que el valor los venza.  
Vos sois mi señor, mi duque,  
yo humilde vasalla vuestra,  
ciego amor, vidrio la fama.  
¡Triste de mí si se quiebra!

CÉSAR: No acertáis, Narcisa hermosa,  
mi mal; de causa diversa  
proceden los desatinos  
que mi paz desasosiegan.  
Estad segura de quien,  
si como me llamo César  
y soy duque de Milán  
de los dos polos lo fuera,  
ni descortés a hermosuras,  
ni pretendiente por fuerza,  
ni cansado aborrecido,  
ni ingrato a correspondencias,  
diera a agravios ocasiones,  
motivo a plumas y lenguas,  
deslucimiento a mi sangre,  
ni a mis oprobrios materia.  
Otra hermosura me abrasa  
y solo estriba en la vuestra  
el remedio de mi vida.

NARCISA: Declárese vuestra alteza.

CÉSAR: La marquesa del Final,  
por recíproca influencia  
del cielo, por su hermosura,  
por mis desdichas dijera,  
si no agraviara elecciones  
que aunque desdenes padezcan  
empleos dichosos logran  
por lo altivo que contemplan...  
Sirena en fin, que en las sirtes  
de amor a los que navegan  
para anegar voluntades  
fue en nombre y obras sirena,  
correspondiente al principio  
a pretensiones honestas,  
agradecida a secretos

y amorosa a diligencias,  
de tal suerte entró agradable  
en el alma que gobierna,  
lisonjeando esperanzas  
y cautivando potencias,  
que adorando esclavitudes  
la aclamaron por su reina  
deseos, vulgo de amor,  
que ignorantes se sujetan.  
Tirano fue cauteloso  
que haciendo mercedes entra,  
destruyendo vidas sale;  
mas ¡ay cielos! si saliera  
del pecho ¿qué me faltaba?  
Leyes propuso severa,  
ofendióse de amistades  
y menospreció firmezas.  
Heredé en esto a Milán;  
¿quién, mi Narcisa, creyera  
que aumentos de estados y honras  
favores disminuyeran?  
Crecí en dignidad, creció  
en desdenes y en ofensas;  
no siendo duque me amaba,  
ya duque me menosprecia.  
A un mozo bárbaro admite  
tan pobre y falto de prendas  
cuanto rico de venturas;  
este me hace competencia.  
Marco Antonio es el querido,  
el menospreciado César;  
mis dádivas le autorizan,  
sus mudanzas me atormentan.  
Fácil pudiera vengarme  
a no envainar la prudencia  
celos, armas prohibidas  
en quien sin pasión gobierna.  
Como me llama Milán  
su señor, como respetan  
ya lealtades, ya lisonjas,  
por pisarla yo, la tierra,  
júntanse mis menosprecios  
a mis celosas sospechas  
y de lesa majestad  
delitos mi amor procesa.  
Carlos que entrando a la parte  
de mis prósperas y adversas

fortunas juzga por propias  
las que publican mis quejas,  
remedios busca eficaces  
y discreto me aconseja  
que castigando a mi ingrata  
use de sus armas mismas.  
Que la dé celos con vos  
dispone, Narcisa bella;  
milagrosa medicina  
si sale bien su receta.  
Ya vos sabéis --perdonadme--  
de cuán flaca resistencia  
sois todas cuando ofendidas  
si cuando amadas soberbias.  
Mi salud estriba en vos;  
sed mi dama en la apariencia,  
ayudadme cautelosa,  
dadme venganza discreta.  
Como enfermo os pido vida,  
como ofendido defensa,  
como vuestro duque ayuda,  
como mujer competencias.  
Castigad ingraticudes  
de quien vuestro sexo afrenta  
y coronen vuestras plantas  
el laurel de mi cabeza.

NARCISA: Puesto, gran señor, que es justo  
que vuestros agravios sienta  
y la elección que en mí hacéis  
reconocida agradezca,  
será razón ponderar  
qué tales las famas quedan  
de mujeres pretendidas  
si los príncipes las dejan.  
¿Paréceos, señor, a vos  
que quien amante de veras  
rehusaba desigualdades  
las admitirá, si es cuerda,  
agora dama de burlas  
a los peligros expuesta  
de los juicios ociosos  
y sin el premio que esperan  
desaciertos a esta traza?  
¿Mi amante vos en las muestras?  
¿Yo vuestro empleo en el nombre  
y en la posesión Sirena?  
No gran señor, tenga yo

más dicha con vuestra alteza  
que debo de haber estado  
con descréditos de necia.

CÉSAR: No os pido yo en perjuicio  
de vuestra opinión, condesa,  
livianas publicidades  
que os desdoren pregoneras.  
Ni esto puede durar mucho;  
que celos son impaciencias  
que en breve o mueren o matan;  
larga paz tras corta guerra.  
Sospeche no más mi dama  
que ya vos lo sois; entienda  
que amada favorecéis  
y correspondéis honesta;  
que si celosa prosigue  
en mi agravio y en su tema  
podrán sanar desengaños  
lo que vislumbres enferman.  
Si decís de no, matadme.

NARCISA: Digo que estoy ya resuelta  
a ser dama titular  
si en la propiedad tercera.  
¿Qué tanto me dais de plazo  
para que estas cosas tengan  
fin? Que temo dilaciones  
por lo que peligro en ellas.

CÉSAR El plazo será tan corto  
que con dos veces que os vea  
favorecerme apacible  
quien me enloquece severa  
no os seré más importuno.

NARCISA: ¿Y si a la noticia llegan,  
de quien con lícito amor  
me ha obligado, estas quimeras,  
permitís, juramentado  
que callará, darle cuenta  
del papel que sustituyo?

CÉSAR: ¿Que amante tenéis?

NARCISA: Con deudas  
de un siglo de voluntad  
y dos años de asistencia.  
Ya no os puedo negar nada;  
que para que os encarezca  
lo mucho que por vos hago  
es bien daros esta cuenta.  
Mirad el riesgo que corro.

CÉSAR: Con obligaciones nuevas  
me empeñáis. No sé si os diga  
que lo siento y que me pesa.  
¿Y quién es el venturoso?

NARCISA: Pregunta excusada es esa,  
porque en amores de burlas  
suelen celos causar veras.  
No habéis de saber su nombre.

CÉSAR: Ni yo gustaré que él sepa  
secretos que desbaraten  
el fin desta estratagema;  
porque si tiene noticia  
por él mi ingrata Sirena  
de que es fingido este amor  
cobrará su desdén fuerzas  
y burlaráse de mí,  
sin que hacer sus celos puedan  
la restauración debida  
a mi posesión primera.

NARCISA: Digo, señor, que he de daros  
gusto en todo.

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: (No sosiega Aparte  
de temores combatido  
quien ama ni quien pleitea.  
A Narcisa dijo Carlos,  
quedando a solas con ella,  
que en cosas que bien la están  
su solicitud se emplea.  
¿Cosas que están a Narcisa  
bien y importa no saberlas  
yo que la he rendido el alma?  
¡Cielos! ¿Qué cosas son estas?

Velos por las espaldas

(¿Sola Narcisa con Carlos,  
y ya con dos? ¿Y recelan  
que sepa yo lo que tratan,  
y me despiden? Sospechas  
adivinaldo vosotras.)

CÉSAR: Esta sortija fue prenda  
de quien me la dio mudable  
porque aborrece firmezas.

Pónesela en la mano

Mejórese en el cristal  
de esta mano; pruebe en ella  
si para toque de celos  
hay quilates de paciencia.

ALEJANDRO: (¡Vive el cielo que la ha dado   Aparte  
la mano en quien tuve puesta  
la cifra de mi esperanza,  
teatro ya de mi ofensa!  
¿Sortijas liviana admites?  
Si el interés tira piedras  
que el poder en oro engasta  
no me espanto que te venza.  
¿Quién será el usurpador  
de mis glorias? Que ya penas  
juntaron flores a espinas  
y inviernos a primaveras.)

Llégase a NARCISA y vuelve la cabeza  
CÉSAR

¡Ah, Narcisa! En fin...

CÉSAR: ¿Qué es esto?

ALEJANDRO: ¡Señor! ¿Aquí vuestra alteza?

CÉSAR: ¿Sois dueño vos desta casa?

ALEJANDRO: No, señor.

CÉSAR: Pues ¡qué licencia!

¿A tan excusadas horas  
os osan abrir las puertas?

ALEJANDRO: Buscaba yo, gran señor... Turbado  
digo que buscaba en ella  
y hallé ya lo que buscaba,  
porque hallando a vuestra alteza...

CÉSAR: Sin querer decís verdades.

Andad, esperad afuera  
si es que en mi busca venís.

ALEJANDRO: (Desdichas, salistes ciertas.   Aparte  
¡César, duque de Milán;

Carlos, que en el bien se emplea  
de Narcisa interesable;  
ausente yo y mujer ella?  
Ya pasáis de desengaños  
imaginadas certezas;  
ya envidia en el mar, Amiclas  
teme fortunas de César.)

Vase [y vuélvese al paño]

CÉSAR: ¿Que Alejandro es vuestro amante?

NARCISA: El confesároslo es fuerza.

A dos años de esperanzas  
correspondo.

CÉSAR: Sois discreta;  
mucho merece Alejandro.

NARCISA: Y mucho es razón que sienta,  
quien le quiere como yo,  
los celos que de vos lleva  
y que no se me permita  
asegurarle.

CÉSAR: Si aumentan  
el amor antes doy causa  
a que más, celoso, os quiera.

ALEJANDRO: (Perdido estoy, estoy loco;      Aparte  
y para que más me pierda  
a que renueve mis ansias  
me manda mi amor que vuelva.)

Sale ALEJANDRO

CÉSAR: ¿Entradas asegundáis,  
Alejandro?

ALEJANDRO: La primera  
se me olvidó, gran señor,  
el daros la norabuena  
del nuevo estado que agora,  
porque el descuido no ofenda  
deudas de la cortesía,  
vuelvo a daros.

CÉSAR: Diligencias  
disculpables; no sé yo  
que para que se agradezcan

parabienes cortesanos  
se den en casas ajenas.  
Andad, dádmelos después  
en palacio.

ALEJANDRO: (Añadid penas      Aparte  
a penas, pesares míos,  
para que me anegue entre ellas.)

Vase

NARCISA:      ¿Es posible, gran señor,  
que no juzguéis por las vuestras  
las ansias con que Alejandro  
culpa mi amor y firmeza?  
¿Con él sólo vos crüel?

CÉSAR:      Asegúroos que me pesa,  
puesto que no os tengo amor,  
que tanto Alejandro os quiera.

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO:      La marquesa del Final  
sospecho que a veros entra.

CÉSAR:      ¿Pues quién os ha dado a vos  
el cargo de paje o dueña?

ALEJANDRO:      Apeábase del coche  
y para que la condesa  
estuviese apercebida,  
parecióme...

CÉSAR:      No os parezca  
tan bien Narcisa, Alejandro...

A él [CÉSAR] aparte

NARCISA:      Señor, ¿vuestra alteza intenta  
deshacer obligaciones  
o dar celos a Sirena?

CÉSAR:      Uno y otro.

Aparte a CÉSAR



CARLOS:                   Agora es tiempo  
que saquen a luz tus pruebas  
qué tanta jurisdicción  
tienen los celos.

A ella [NARCISA] aparte

CÉSAR:                    Condesa,  
en vuestro engaño consiste  
la vitoria desta empresa;  
satisfaced mis venganzas.

NARCISA:    Dios me saque con bien dellas.

Salen SIRENA y DIANA

SIRENA:    A amiga que se descuida  
tanto de mí justo fuera  
en venganza de su olvido  
ni visitarla ni verla.  
Pero puedan más en mí...

NARCISA:    Advertid que está su alteza  
presente; llegad y hablalde.

SIRENA:    ¿Quién?

NARCISA:    Nuestro duque, marquesa.

SIRENA:    (¡Ay cielos! ¿A tales horas    Aparte  
y en tiempo que la grandeza  
suele soñar majestades  
tan comunicable César?  
¿Qué es esto, temores míos?)

A él

Augustos laureles sean  
los estados, gran señor,  
que aumenten el que hoy hereda.

Muy seco el duque [CÉSAR]

CÉSAR: Guárdeos Dios.  
SIRENA: (¡Ay prima mía, Aparte  
qué "Guárdeos Dios" tan a secas!)  
DIANA: Eslo toda majestad  
porque es el sol su planeta.  
CÉSAR: Daréisle, Narcisa, a Carlos  
crédito siempre que venga  
a renovar de mi parte  
lícitas correspondencias.  
Y entre tanto olvidad vos  
las antiguas si interesan  
méritos de la hermosura  
coronas con que amor premia,  
y adiós.  
NARCISA: Ya es obligación,  
gran señor, lo que antes era  
voluntad y en una y otra  
procuraré yo que sean  
reconocimientos justos,  
fiadores de tanta deuda,  
abonados por humildes.

Vanse CÉSAR y CARLOS. [Habla SIRENA a DIANA  
aparte]

SIRENA: ¿Qué cifras, prima, son estas?

[Habla ALEJANDRO] a NARCISA aparte

ALEJANDRO: Agora que mis agravios,  
ojos hasta aquí, ya lenguas,  
pueden libremente darte  
parabienes entre quejas,  
si puedes busca...

Sale CÉSAR

CÉSAR: Alejandro,  
seguidme.

Vase

ALEJANDRO: (¿Aun hablar me vedan? Aparte  
Pues revienten dentro el alma  
víboras de mis ofensas.)

[Habla a NARCISA]

Busca, si puedes, disculpas...

Sale CARLOS

CARLOS: Alejandro, el duque espera.  
ALEJANDRO: (Porque desespere yo, Aparte  
pues aun quejar no me dejan.)

Vanse los dos

NARCISA: Ven Sirena de mis ojos,  
que cuando mis dichas sepas  
palabras han de faltarte  
en llegando a encarecerlas.  
SIRENA: Si son las que yo he sacado,  
Narcisa, por consecuencias,  
parabienes te apercibo.  
(¡Ay Dios si ponzoña fueran!) Aparte  
NARCISA: ¿Ves este diamante, amiga?  
Pues señal es su firmeza  
de una voluntad que en él  
sus esperanzas empeña.

[SIRENA habla] aparte a DIANA

SIRENA: Prima, ¿no adviertes, no escuchas,  
no tocas perdidas prendas,  
favorables a un ingrato  
y ya en posesión ajena?

¿Qué he de hacer?

DIANA: Llorar locuras  
y escarmentar hoy en pruebas  
de amor que salen tan caras.

SIRENA: ¡Ay Diana, que voy muerta!

Vanse

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen NARCISA y SIRENA

SIRENA: A esta casa de placer  
te he querido convidar,  
si en negocios de pesar  
puede este nombre tener.  
Atropelláronse ayer  
tantas quimeras, Narcisa,  
que aunque ambicioso me avisa  
tu amor, que triunfa en palacio,  
quise averiguar despacio  
lo que te engaña deprisa.

Hallé a César en tu casa  
tan tu amante en la apariencia  
que al parecer tu presencia  
le desatina y abrasa.

Si supieras lo que pasa  
y que de puro celoso  
busca en engaños reposo  
y en tu hermosura venganzas,  
marchitaras esperanzas  
que malograr es forzoso.

Para aliviar accidentes,  
de su sed mortal indicios,

busca el enfermo artificios,  
flores siembra, finge fuentes;  
y aunque algún rato presentes  
le suelen causar sosiego  
enfádase dellas luego;  
que fuentes artificiales  
no aplacan sedes mortales  
cuando está en el alma el fuego.

¿Nunca viste, si las llamas  
aumentan la calentura,  
que el enfermo lo que dura  
congojado muda camas?  
Todo es andar por las ramas,  
pues al fin cuando aligera  
el mal su efímera fiera,  
aunque en él fiada estás,  
despreciando las demás  
se reduce a la primera.

Narcisa, la hidropesía  
celosa le tiene ansí;  
abrasado busca en ti  
lo que en mi amor desconfía.  
Mudando damas porfía  
aliviar su ardiente pena  
y a más rigor se condena  
mientras su mal no le avisa  
cuán mal curará Narcisa  
calenturas de Sirena.

NARCISA: Si no fueras más hermosa  
que eres sabia en la doctrina  
desa nueva medicina,  
que alegas por milagrosa,  
no estuviera yo celosa  
de que haya sido tu amante  
quien dices que es inconstante  
porque de gustos mejora.  
Basta, que das en dotora  
no siendo ni aun platicante.

¿Agora, marquesa, sabes  
que, si el duque --que lo dudo--  
amarte primero pudo,  
por más que en esto te alabes,  
en enfermedades graves  
tal vez el mal se destierra  
mudando de aires y tierra;  
y que César por sanar  
de tu amor quiso mudar

desdenes que le hacen guerra?  
Si nunca bien le has querido  
y su amor te daba enfado,  
libre ya de su cuidado  
¿qué buscas? ¿A qué has venido?  
Su olvido paga tu olvido;  
da a tu dicha parabienes,  
prosigue con tus desdenes,  
si no es que formando quejas  
suspiras por lo que dejas  
y no sueltas lo que tienes.

SIRENA:        ¡Bueno es que ya confiada  
me aconsejes presumida,  
desde ayer acá querida  
y desde hoy asegurada!  
Ni yo me juzgo olvidada  
ni tu estás en posesión;  
con menos satisfacción,  
Narcisa, y sin dar consejos,  
que el sembrar está muy lejos  
de la cosecha y sazón.

Ayer sembraste esperanzas,  
deja arraigarlas primero,  
que trae el tiempo ligero  
temporales de mudanzas.  
Pretensiones por venganzas  
de amor no pueden durar.  
¡Pobre de ti, si a mirar  
vuelven risueños mis ojos  
a quien doy severa enojos!  
¡Qué fría te has de quedar!

Mira; si César te dio  
la sortija que le di  
no fue por amarte a ti  
mas porque la viese yo.  
Cuando tan grave me habló  
fingiendo severidades  
entonces, oye verdades,  
fulminando disfavores,  
si salían dél rigores  
paraban en mí humildades.

¿No advertiste que al volver  
las espaldas se moría,  
condesa, porque no vía  
lo que despreciaba ver?  
Nunca procures querer  
amante que está celoso,

que a costa de tu reposo  
probarás, si le admitiste,  
que quien de ajeno se viste  
el desnudarle es forzoso.

NARCISA:       ¿No sabré, Sirena, yo  
a qué propósito quieres  
desperdiciar pareceres  
en quien no te los pidió?  
O quieres al duque o no.  
Si no, ¿qué se te da a ti  
que yo me despeñe así?  
Si por él pierdes el seso,  
marquesa, solo por eso  
el alma toda le di.

De una y otra suerte creces  
llamas a mi amor primero;  
porque le quieres le quiero,  
también porque le aborreces.  
En vano te desvaneces,  
pues cuando yo no le amara  
viendo que en esto repara  
tu sospechosa impaciencia,  
porque me haces competencia  
el corazón le entregara.

SIRENA:       Sí harás, porque el amor necio  
muestra quién es en sus obras;  
hónrate tú con mis sobras;  
ama a quien yo menosprecio;  
para ti serán de precio  
los desechos que yo arrojó;  
viste lo que yo despojo,  
mas mira que ha de costarte  
la vida el determinarte,  
Narcisa, a darme este enojo.

NARCISA:       ¿Me amenazas?

SIRENA:       Apercibe  
armas contra mi cuidado.  
No es cortés quien el criado  
que uno desechó recibe.

NARCISA:       César en mi pecho vive.

SIRENA:       Pues ¿cuando en él le retrates,  
merécesle tú aunque trates  
secar mi esperanza verde?

NARCISA:       Perdida estás, y a quien pierde  
se le sufren disparates.

Salen GASCÓN y el ALCALDE [con dos CRIADOS]

GASCÓN: Yo puedo entrar donde quiera,  
que soy para lo vedado  
ministro privilegiado,  
y mandarme salir fuera  
es muy gran descompostura.

[ALCAIDE]: Mayor libertad es esa;  
que estando aquí la marquesa  
del Final, cuando procura  
que no entre nadie, es razón  
ser cortés.

SIRENA: Hola, ¿qué es eso?

GASCÓN: ¡Oh mi señora! Este exceso  
perdonad.

SIRENA: ¿Quién sois?

GASCÓN: Gascón;  
archilacayo ducal.

SIRENA: ¿Pues qué pretendéis aquí?

GASCÓN: Sígueme detrás de mí  
el duque. No sé qué mal  
le trae con melancolía;  
amores deben de ser.  
Preténdese entretener  
en la de vueseñoría  
casa de placer --ansí  
jerigonzan critizantes--  
enfádanle negociantes  
y por si los hay aquí  
vine a despejar el puesto,  
sin saber yo los favores  
que en república de flores  
libraba ese hermoso gesto...  
¿Gesto? No es vocablo culto.  
Ese aromático globo...  
¿Globo dije? Soy un bobo.  
Ese brillático vulto...  
Peor. Esa hermosa cara...  
¡Cuerpo de Dios! Deste modo  
se llama en el mundo todo.  
Lleve el diablo a quien compara  
al padre de Faetón  
los ojos y los cabellos,  
rayos ensartando en ellos  
las veces que rubios son.



Golfo de ébano sutil  
los cabos negros hacía  
y al peine que los barría  
llamó escoba de marfil;  
nieto al amor de la espuma,  
y a un sacre que daba caza  
en el aire a una picaza,  
llamó corchete de pluma.

Miren vuesirías dos  
cuál anda ya nuestro idioma;  
todo es brilla, émula, aroma,  
fatal... ¡Oh, maldiga Dios  
al primer dogmatizante  
que se vistió de candor!

SIRENA: No deis en reformador  
vos, que sois muy ignorante.

Pero decid, ¿César viene  
a esta quinta?

GASCÓN: Una carroza,  
señora, a solas le goza  
con Carlos, que le entretiene  
sin más acompañamiento,  
y las cortinas corridas.

SIRENA: (Hoy sospechas mal nacidas,      Aparte  
averiguaros intento.)  
¡Hola criados!

Han salido con el ALCALDE otros dos

ALCAIDE: ¿Señora?

SIRENA: Ponedme este hombre a recado.

GASCÓN: ¿A mí?

SIRENA: Tenelde encerrado  
lejos de aquí.

GASCÓN: Escuche agora;  
¿pues porque entré sin licencia?

NARCISA: ¿Qué es lo que intentas hacer?

SIRENA: Llevalde.

A NARCISA aparte

Quiero saber  
cuál en nuestra competencia

de las dos es preferida.

NARCISA: Yo en eso no dificulto.

GASCÓN: Si es esto porque hablé culto  
¡oh cándida luz bruñida!  
a la de tu apelo amor  
clemencia, que es, construído,  
a tu clemencia rendido  
apelo deste rigor.

SIRENA: ¡Hola, llevalde!

GASCÓN: ¿Ha de haber  
tras esto --déjenme hablar--  
palmeamiento orbicular?  
Quisiera darme a entender  
hablando en estilo humano;  
¿habrá azotaina?

ALCAIDE: No sé.

SIRENA: Llevalde.

GASCÓN: Anoche soñé  
azotes en canto llano  
y por esto lo pregunto;  
porque son, la vez que sale  
sermón tras el dale, dale,  
azotes en contrapunto.

Llévanle

NARCISA: Pues dime, ¿qué dependencia  
tiene tu averiguación,  
marquesa, desta prisión?

SIRENA: Quiero ver por experiencia  
si César finge quererte  
por darme celos a mí  
o si viene agora aquí  
por hablarte y pretenderte.

Si ignora, pues, que aquí estoy  
y tu, estando yo escondida,  
le disuades mi venida,  
verás desengaños hoy  
que te den nuevo cuidado  
conque yo segura esté.  
Por esta causa mandé  
retirar ese criado;  
que así por él no sabrá  
que estaba agora contigo.

NARCISA: En fin, ¿dices que en castigo

del que tu desdén le da  
finge, por amartelarte,  
que me quiere bien?

SIRENA:                   ¿Pues no?

Estaba presente yo  
anoche y fingió adorarte  
para que yo lo sintiese.  
Verás ahora cuán mudado,  
cuán tibio, cuán desganado,  
te habla.

NARCISA:               ¡Qué engaño es éste  
tan donoso! ¿Pues tan poco  
puede mi presencia, di,  
que no le olvide de ti?

SIRENA:        Tiénelo mis celos loco.  
No sepa el que yo aquí estoy;  
verás qué al punto te deja.

NARCISA:       Escóndete y apareja  
paciencias; que yo te doy  
mi palabra que has de estar  
rematada antes de mucho.

SIRENA:        Desde esta murta os escucho.  
¡Qué necia te has de quedar!

Escóndese SIRENA

NARCISA:        ¿No es bueno que comencé  
de burlas estas quimeras  
y que me pesa de veras,  
que tan confiada esté  
Sirena de que es querida,  
que adivine lo que pasa?  
No es amor el que me abrasa;  
mas de envidia estoy perdida,  
porque será caso recio  
que en competencias de amor  
salga el suyo vencedor  
y el mío con menosprecio.  
¡Oh celos! ¡Oh envidias fieras,  
venenoso frenesí!  
Si quitáis el seso así  
de burlas ¿qué haréis de veras?

Salen CÉSAR y CARLOS

CÉSAR: Divirtamos majestades,  
que atormentan si autorizan  
pensamientos amorosos,  
en la quietud desta quinta.  
¡Qué de novedades quiere,  
Carlos, amor que te diga!  
Oye sus milagros.

CARLOS: Paso,  
señor, que está aquí Narcisa.

CÉSAR: ¿Quién?

CARLOS: La condesa; tu dama  
intrusa.

CÉSAR: Su hermosa vista  
puede tanto, amigo Carlos...

CARLOS: ¿Cómo?

CÉSAR: No sé qué te diga.  
Déjame a solas con ella.

CARLOS: ¿Pues quiéresla bien?

CÉSAR: Se alivian  
mis pesares con mirarla  
y mis celos se amortiguan.  
Retírate.

CARLOS: Que me place;  
pero, ¿tan presto se olvidan  
amores y más celosos?

CÉSAR: Es muy bella y tengo envidia  
de lo que a Alejandro quiere.  
Mira qué bien que se libran  
los que me causa Sirena  
si ya a pares me lastiman.

CARLOS: No dejarás de medrar  
con esa mercadería;  
si al primer lance la doblas,  
déte amor con ellas dicha.

Vase

NARCISA: ¿Gran señor?

CÉSAR: Con ese nombre  
diera a mi ventura estimas  
si lo fuera vuestro yo.

¿Estáis sola?

NARCISA:                   En compañía  
de enemigos pensamientos,  
contraria yo de mí misma,  
aguardo desafiada  
a Sirena, en cuya quinta  
han de batallar sospechas.

CÉSAR:       Si mi amor os apadrina,  
segura está la vitoria  
de vuestra parte.

NARCISA:                   No finja  
vuestra alteza hasta que venga  
favores que aunque mentiras  
pueden engendrar verdades  
en quien dellas necesita.  
Presto Sirena vendrá.

CÉSAR:       Plegue a Dios, condesa mía,  
que tantos estorbos tenga  
que con ellos divertida  
jamás agravie estas flores.

NARCISA:       ¿Jamás? ¿Cuando en ella estriban,  
desesperado en su ausencia,  
apoyos de vuestra vida?  
¿No es Sirena ídolo vuestro?  
¿No la amáis?

CÉSAR:                   Paso, solía.  
Mucho pudieron ofensas  
y mucho más vuestra vista.  
Lo que yo podré afirmaros  
es que habéis hecho en un día  
más que en un año Sirena.

Desde donde está escondida [SIRENA]

SIRENA:       ¿Qué estáis oyendo desdichas?  
¿En un día la condesa  
más que yo en un año? Altivas  
presunciones amorosas,  
por soberbias abatidas,  
¿esto escucháis sin vengaros?

NARCISA:       (¿Qué es esto, estrellas benignas?   Aparte  
¿Conmigo tan amoroso  
César? ¿Si tiene noticia  
de que la marquesa está  
oyéndonos escondida

y finge por abrazarla  
que me quiere y que la olvida?  
Sin duda; que desde anoche,  
cuando celos tiranizan  
alma que está tan prendada,  
mal sabrá olvidar antiguas  
prendas de amor.)

A él

Bien podéis  
señor, sin hablar enigmas  
pues no ha llegado Sirena,  
decirme vuestras fatigas.  
¿Cómo desde anoche os va?  
¿Fue eficaz la medicina  
de nuestro ingenioso amor?  
Vuestra prenda está perdida  
de celos; no negaréis  
que, aunque dama sustituida,  
no hice mi papel anoche  
con linda gracia.

CÉSAR: Y tan linda  
que por serlo tanto vos  
conoce la mejoría  
mi amor de vuestra belleza  
y a que os adore me obliga.

SIRENA: ¿Cómo es esto? ¿Luego fueron  
ardides de sus malicias  
las finezas con que anoche  
dieron causa a mis envidias?  
¿Luego fingieron amarse?  
¡Ay sospechas mal nacidas;  
si ya se quieren de veras,  
muerto me han mis armas mismas!

NARCISA: Que no está aquí vuestra dama.

CÉSAR: Estáislo vos. ¡Ay si mía  
os pudiera llamar yo!

NARCISA: ¿Vos pensáis, señor, que os mira  
Sirena o ensayáis celos  
con que podáis reducirla  
a la voluntad primera?

CÉSAR: No sé en eso lo que os diga;  
pero sea lo que fuere,  
mostraos vos agradecida,

favorecedme agradable,  
correspondedme propicia.

NARCISA: ¿Y han de ser burlas o veras?

CÉSAR: Veras o burlas, prosigan  
favores que por ser vuestros  
como quiera son de estima.

NARCISA: Va de burlas. Yo os prometo  
duque y señor...

CÉSAR: No vendría  
mal ahí un "dueño amado."

NARCISA: Vaya, porque en todo os sirva.  
Yo os prometo, amado dueño,  
que vuestra presencia, digna  
de augustas estimaciones,  
y en competencia la envidia  
que Sirena me ha causado  
han dado tal batería  
desde anoche a mi sosiego  
que si fui dama fingida  
ya, celosa y agraviada  
de que lo que solicitan  
mis favores gocen otras,  
es llanto lo que fue risa.  
¿Para tan poco soy yo  
que, habiéndome hallado digna  
para que entre tantas damas  
con la marquesa compita,  
no podré comunicada  
sacar del alma reliquias,  
que si celos las conservan  
desengaños las marchitan?  
¿Sirena haciéndoos agravios,  
yo sirviéndoos y que digan  
que ella salió vitoriosa  
y que yo quedé vencida?  
Si tal ofensa llegara  
a ejecución, si su dicha  
volviera a gozar las paces  
que los celos reconcilian,  
del modo que el alma agora  
sale a los ojos por cifras  
de lágrimas, no dudéis  
de que mi muerte las siga.

Llora

CÉSAR: Pues ¿lloráis?

NARCISA: ¿No he de llorar  
injurias no merecidas,  
diligencias mal pagadas  
y mudanzas no admitidas?

CÉSAR: ¿Luego aquesto va de veras?

NARCISA: No señor, mas si lastiman  
tanto de burlas ¿qué harán  
celos de veras?

SIRENA: (Perdida Aparte  
estoy. Salgamos agravios  
a manifestar desdichas  
que, si inventaron sospechas  
para acechar celosías,  
Perilo de sus tormentos  
serán pues se martirizan  
a sí mismas y en su daño  
padecen lo que averiguan.  
Pero no; sepamos antes,  
supuesto que fue fingida  
la fábrica deste amor  
que ya verdades confirman,  
en qué estado estoy con César  
y si lágrimas hechizan  
voluntad que tan constante  
blasonaba de ser mía.)

CÉSAR: No lloréis soles hermosos,  
que quien perlas desperdicia  
no sabe lo que le cuestan  
a quien os ama sus Indias.  
Ya sean veras, burlas ya,  
vuelva a serenar la risa  
nublados tristes que esconden  
la belleza de sus niñas;  
que yo os juro, a fe de amante,  
si vuestros ojos porfían,  
puesto que en mí sea bajeza,  
que afeminado los siga.  
Ya Sirena está olvidada.  
Amor, todo maravillas,  
vuestra hermosura imperiosa  
y agravios que desobligan  
hicieron este milagro.  
Por su igual amante elija  
la marquesa a Marco Antonio



que su presunción castiga.  
Mejórese en vos mi amor;  
mude señora a quien sirva,  
despídase de Sirena  
y sea esclavo de Narcisa.

NARCISA: ¿Y eso es ficción o es verdad?

CÉSAR: ¿Qué sé yo? Como os imitan,  
burlas serán si os burláis  
y veras si así se estiman.

NARCISA: ¿Amaréisme si yo os amo  
ya de veras reducida  
a despedir fingimientos?

CÉSAR: Daré a mi ventura albricias.

NARCISA: ¿Y Sirena?

CÉSAR: No os iguala.

NARCISA: ¿Si la veis?

CÉSAR: Huiré su vista.

NARCISA: ¿Si os ruega?

CÉSAR: Vengaré agravios.

NARCISA: ¿Si os llora?

CÉSAR: Serán malicias.

NARCISA: Estáis celoso.

CÉSAR: De vos.

NARCISA: ¿De mí?

CÉSAR: Vuestro amor lo diga.

NARCISA: ¿De Alejandro?

CÉSAR: Ése me abrasa.

NARCISA: ¿De Marco Antonio?

CÉSAR: Me entibia.

NARCISA: En fin, ¿me amáis?

CÉSAR: Os adoro.

NARCISA: Sois duque.

CÉSAR: Vos sois más digna.

NARCISA: No os merezco.

CÉSAR: Asentareis...

NARCISA: ¿Dónde, César?

CÉSAR: En mi silla.

NARCISA: ¿Por duquesa?

CÉSAR: Y por mi esposa.

NARCISA: ¡Grande amor!

CÉSAR: Voluntad limpia.

NARCISA: Dadme esa mano.

CÉSAR: Y el alma.

Dánselas

NARCISA: Ya sois mío.  
CÉSAR: Ya sois mía.  
NARCISA: ¿Quién será mi dueño?  
CÉSAR: César.  
NARCISA: ¿Quién lo asegura?  
CÉSAR: Mi vida.  
NARCISA: ¿A quién dejáis?  
CÉSAR: A Sirena.  
NARCISA: ¿Y a quién amáis?  
CÉSAR: A Narcisa.

Sale SIRENA

SIRENA: Ya no pueden mis ojos  
mirando agravios reportar enojos.  
Desenlazed livianos  
nudos de amor en fementidas manos,  
que si este es nudo ciego  
celos abrasan nudos, que son fuego.  
¡Ah ingrato, ah leve amante,  
a méritos de pruebas inconstante!  
No en balde en ti temía  
descréditos de amor el alma mía.  
Probé tu fortaleza  
por estimarte más; ¡qué rustiqueza  
hacer en hombres prueba,  
liviano pino al mar que el viento lleva!  
¡De Narcisa vasallo!  
Diamante te compré, vidrio te hallo.  
¿Tu es bien que duque seas?  
¿Tu blasonas valor? ¿Tu, que te empleas  
en inconstancias leves,  
no siendo hombre a regir hombres te atreves?  
Desmentiste quilates.

CÉSAR: Multiplica a tus celos disparates,  
que en vano se llaman  
frenéticos sino desatinaran.  
Sirena, ¿qué pretendes?  
¿Logras mudanzas y firmezas vendes?  
De ti dé testimonio,  
pues eres su Cleopatra, Marco Antonio;  
crece en él esperanzas  
y deja que te imiten mis mudanzas,  
pues tan agradecido

estoy a tu desdén, si no a tu olvido,  
que me pesa deberte  
la dicha apetecida de perderte  
por el hermoso empleo  
que con mejoras de mi bien poseo.

SIRENA: Gózale muchos años  
si merecen tal premio tus engaños;  
pero advierte primero,  
no que satisfacerte humilde quiero,  
sino apoyar mi fama  
que ofendida por ti leve se llama.  
Yo deseosa, necia,  
de ver en ti lo que el amor más precia,  
fingí que te olvidaba  
y en tu competidor tu fe probaba,  
escogiendo un sujeto  
soberbio, desigual, pobre, indiscreto,  
porque más fácilmente  
pudieras conocer, a ser prudente,  
en sus desigualdades  
por viriles de engaños mis verdades;  
que no estoy yo contigo  
en tan necia opinión que por castigo  
de mi elección ligera  
a hombre tan indigno amor tuviera.  
Tus prendas añadieron  
desméritos en él que a luz salieron,  
porque como en la fea  
más con las joyas la fealdad campea;  
quise dar testimonio  
con ellas de lo que era Marco Antonio.  
Extraño fue este suceso,  
mucho apurar tu amor, yo lo confieso;  
pero como crecías  
en majestad y las sospechas mías  
sembraban desconfianzas  
creí que despachándote libranzas  
de celos aumentarás  
caudales a tu amor y más me amarás;  
que en la amorosa cuenta  
ceros los celos son que la acrecientan  
y cuantos más añada  
más crece, aunque por sí no valen nada,  
sacando mis desvelos  
cuán parecidos son ceros y celos.  
Yo, pues, que esto creía  
a la unidad de amor celos ponía;

mas tú, porque presuma  
tu poco amor, errástete en la suma.  
Ya estoy escarmentada;  
vuelve César, no valga cuenta errada  
y acábense desvelos;  
si en ellos te adeudé ya cobro en celos.

CÉSAR:        Marquesa, llegado ha tarde  
vuestra excusa, aunque admitida;  
que la vitoria perdida  
quien se disculpa es cobarde.  
A tanto celoso alarde  
y tropel de sinrazones  
¿qué valen satisfacciones  
en agravios mal seguros?  
Asaltos combaten muros  
y ofensas inclinaciones.

En la mesa del amor  
los celos son el salero,  
que para ser verdadero  
éstos le han de dar sabor;  
pero advertid que es error  
echar mucha al que es sencillo.  
Con la punta del cuchillo  
toma sal el cortesano,  
porque con toda la mano  
no es templallo, es desabrillo.

Si sabe vuestra querella  
que es fuego la sal que abrasa  
y sembráis de sal la casa  
¿cómo viviréis en ella?  
Los celos, Sirena bella,  
por ser de la sal trasunto  
en pasando de su punto  
no sazonan, mas maltratan.  
¿Qué queréis, si celos matan,  
de un amor que ya es difunto?

NARCISA:        A menosprecios tan claros  
¿qué intentas aborrecida?

A CÉSAR

SIRENA:        Permitid por despedida  
que aparte merezca hablaros.

A NARCISA

CÉSAR: Confirmad con retiraros,  
Narcisa, mi firme amor.

NARCISA: Harélo, mas con temor  
de que os he de hallar mudado.

CÉSAR: No se muda amor rogado  
si llega tarde el favor.

Retírase NARCISA

SIRENA: En fin, César, ¿por querer  
probaros he de perderos?

CÉSAR: Añadistes tantos ceros  
que ya es imposible hacer  
la cuenta.

SIRENA: Solía yo ser  
dueño vuestro.

CÉSAR: Pasó ya  
ese tiempo.

SIRENA: ¿Pena os da  
perderme?

CÉSAR: Todo se olvida.

SIRENA: ¿Y si me costáis la vida?

CÉSAR: Marco Antonio os llorará.

Sale ALEJANDRO de jardinero y llégase a  
Narcisa

ALEJANDRO: Disfrazado y escondido,  
mudable, escuché contratos  
de tus términos ingratos  
contra mi amor ofendido.

¿Para qué finges quimeras  
cuando de mi fe te burlas?  
Comenzaste a amar de burlas,  
ya me das muerte de veras.

Vencerte el interés pudo  
de un duque; que eres mujer  
y tu amor ya mercader  
aunque se pinta desnudo;

que de vuestra compañía  
¿qué otra cosa ha de sacar  
si no es vender y comprar?  
Mas ¡quién de palabras fía  
de mujeres!

NARCISA:                    Loco vienes;  
mira el peligro en que estás.

ALEJANDRO:  No quiero ya vivir más;  
máteme el duque, pues tienes  
gusto desto.

NARCISA:                    Vuelve en ti.

CÉSAR:        ¿Qué es eso?

NARCISA:                    Es el jardinero.

ALEJANDRO:  Fuilo de amores primero,  
sembré lo que no cogí.

Alejandro soy; ¿qué esperas?  
La muerte me manda dar;  
morir quiero y no aguardar  
burlas que abrasan de veras.

CÉSAR:        (¡Oh celosa competencia!     Aparte

Ya Sirena restauraba  
el alma que la olvidaba,  
--mas ¿qué no hará su presencia?--

Apártase de SIRENA

y cuando en llama remisa  
iban creciendo desvelos  
tocaron alarma celos  
y abrásome por Narcisa.

A ALEJANDRO

Atrevimientos de amor  
dignos son de perdonar;  
del jardinero es sembrar  
y de otro gozar la flor.

Y si vuestra queja estriba  
en serlo vos, mal lo hacéis;  
que el jardinero, ya veis,  
que para sí no cultiva.

Narcisa ha de ser duquesa  
de Milán.

Sale MARCO ANTONIO y llégase a SIRENA

MARCO ANTONIO: Sirena mía;  
como sin vos no vivía,  
amor, que solo profesa  
adoraros...

CÉSAR: ¡Marco Antonio!  
¿también estáis acá vos?  
(Celoso yo entre los dos Aparte  
dará mi amor testimonio  
de la confusión extraña  
en que me pone mi pena.  
Dándome celos Sirena  
la adoro cuando me engaña;  
dándome Narcisa celos  
por ella a Sirena olvido,  
y yo en las dos dividido  
bandos formo de recelos.  
Neutral a entrambas deseo  
sin determinar ninguna;  
celos me abrasan en una,  
celos en la otra empleo,  
y de una y otra celoso  
muere amor donde comienza.  
Indiferente estoy; venza,  
celos, el más poderoso.)

Sale CARLOS

CARLOS: El embajador de Francia  
viene en tu busca, señor.

CÉSAR: (Divierta el embajador Aparte  
las penas de mi ignorancia.)  
Marco Antonio, acompañadme;  
venga Alejandro conmigo.  
(Yo soy mi mismo enemigo. Aparte  
Celos, morid o matadme;  
no eslabonéis la cadena  
de mi muerte tan aprisa.)

A CARLOS

Muero, Carlos, por Narcisa  
y enloquéeme Sirena.

Vanse los cuatro

NARCISA: Ya confesarás que estás  
vencida, si opositora.  
SIRENA: Yo sé que César me adora;  
presto mis dichas verás.  
NARCISA: Sé yo que te menosprecia.  
SIRENA: Quien bien ama tarde olvida.  
NARCISA: ¡Qué necia por presumida!

Vase NARCISA

SIRENA: ¡Qué presumida por necia!

Sale DIANA

DIANA: Pues, prima mía, ¿en qué estado  
quedamos?  
SIRENA: En el peor.  
Costosas pruebas de amor  
mi paciencia han apurado.  
Ya se acabó mi esperanza,  
ya se remató mi seso.  
DIANA: ¿Qué dices?  
SIRENA: Sólo intereso  
morir y tomar venganza.  
DIANA: ¿De qué suerte?  
SIRENA: A costa mía  
a Marco Antonio he de dar  
la mano y así vengar  
mi agravio, pues desvaría  
el duque celoso dél.  
DIANA: Eso es castigarte a ti.  
SIRENA: Necia en hacer pruebas fui;  
el remedio fue crüel,  
pero pues vencida salgo  
y erré en la sustancia y modo



atorménteme a mí todo  
y siéntalo César algo.

DIANA:           Tendrá la dicha del necio  
                  Marco Antonio desa suerte.

SIRENA:        Celos me darán la muerte:  
                  si a manos de un menosprecio  
                  he de morir ofendiendo  
                  y ofensas de amor vengando,  
                  moriré, prima, matando  
                  y no viviré muriendo.

                  Ya no hay consejo ninguno;  
                  no te canses con cansarme;  
                  dos ojos he de sacarme  
                  por sacarle a César uno.  
                  Vamos.

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO:        Marquesa, escuchad,  
                  y los dos menospreciados  
                  comuniemos cuidados  
                  de una misma actividad.

                  Celos del duque sentís,  
                  celos de Narcisa siento;  
                  uno mismo es el tormento  
                  que disimulo y sufrís.

                  Juntemos los dos caudales  
                  y aunque hay tanto estorbo en medio  
                  seamos en el remedio  
                  como en la desdicha iguales.

                  César, celoso, intentó  
                  vengarse de vos con celos  
                  y a costa de mis desvelos  
                  lo que de burlas trazó  
                  de veras salió en mi daño.

                  Que bien me queréis fingid;  
                  venza un ardid a otro ardid,  
                  salga un engaño a otro engaño.

                  Narcisa es vuestra enemiga  
                  y quedando vencedora  
                  por cobarde opositora  
                  mereceréis que os persiga.

                  Yo sé que si os ve mi amante  
                  y que los dos nos queremos  
                  los celos que padecemos

nos den venganza bastante.

Mueran del mal que morimos;  
desvelos causen desvelos,  
cúrense celos con celos  
y sientan lo que sentimos.

SIRENA: Eso, Alejandro, trazaba  
y ya buen fin me prometo;  
solo mudaré sujeto.  
Con Marco Antonio intentaba  
casándome, ¡qué locura!,  
comprar tormentos por darlos;  
mejor podré ejecutarlos  
con vos. ¡Ay si hallasen cura  
nuestros males desta suerte!

ALEJANDRO: Todo es vida hasta morir.  
Narcisa lo ha de sentir  
infinito y no es tan fuerte  
César que encubra rigores  
que desatinan los sabios,  
ni disimulan agravios  
deste porte los señores.  
Pues los nuestros se conjuran  
probaremos si es verdad  
que en aquesta enfermedad  
celos con celos se curan.

Vanse. Salen MARCO ANTONIO y NARCISA

MARCO ANTONIO: El duque me prometió  
ser en mis bodas padrino  
y no sé por qué camino  
mi suerte desbarató  
ese principio dichoso.  
La marquesa favorece  
mi amor, puesto que parece  
que trata menos gustoso  
este casamiento. En vos,  
Narcisa hermosa, consiste  
mi dicha; César asiste  
a vuestro amor y en los dos  
correspondiente su llama.  
La corona milanese  
os venera su duquesa;  
¿qué le pediréis, si os ama,  
que os niegue el duque? Pedilde

que pues con vos se desposa  
su palabra generosa  
me cumpla, porque yo humilde  
si a mi favor os obligo  
en la intercesión presente  
os deba a vos solamente  
la dicha y bien que consigo.

NARCISA: Si el duque palabra os dio  
de apadrinaros y ordena  
daros la mano Sirena  
no haré, Marco Antonio, yo  
mucho en disponerle en eso.  
Suplicaréle que acorte  
plazos y honre nuestra corte  
con bodas de que intereso  
más de lo que vos pensáis.  
Ya es de noche, yo os prometo  
poner mañana en efeto  
todo lo que me mandáis.

MARCO ANTONIO: Siendo vos mi protectora  
ya cesó el recelo en mí.

NARCISA: Pienso que el duque está aquí.

MARCO ANTONIO: A buena ocasión, señora,  
viene; aprovechad en ella  
el bien que espero por vos.

NARCISA: Harélo así; andad con Dios.

MARCO ANTONIO: Sed piadosa, pues sois bella.

Vase. Sale el duque [CÉSAR]

CÉSAR: Cosas de tanta importancia  
como son las del sosiego  
si no se ejecutan luego  
entíbialas la distancia  
del tiempo, Narcisa mía;  
que no es perfeto el amor  
que tiene competidor  
y negocia a sangre fría.  
Lo que se quiso primero  
o tarde o nunca se olvida;  
está Alejandro sin vida  
de celos y considero,  
si oís una vez su pena,  
que os reconciliéis los dos

haciendo Alejandro en vos  
lo que casi en mí Sirena.

Atajar inconvenientes  
es el consejo más sano.  
Hoy me habéis de dar la mano,  
nuestros contrarios ausentes,  
para desterrar así  
las reliquias que han dejado.

NARCISA: Ya yo las he desterrado;  
haced, gran señor, de mí  
como de quien os confiesa  
por su dueño y su señor;  
y asegurando mi amor  
advertid que la marquesa  
y Marco Antonio me han hecho  
su intercesora con vos.  
Quieren casarse los dos,  
estando vos satisfecho  
y apadrinando su boda.  
Permitildo.

CÉSAR: En hora buena;  
mas ¿sabéis vos que Sirena  
gusta de eso?

NARCISA: Milán toda  
sabe el amor que le tiene;  
buen testigo habéis vos sido.  
Sirena esto me ha pedido.

Sale un PAJE

PAJE: Sirena, señora, viene  
a veros.

Vase el PAJE

CÉSAR: No me halle aquí.  
(Escondido quiero ver      Aparte  
si celosa una mujer  
y despreciada de mí  
se puede determinar  
a tan loco arrojamiento.  
¡Oh celos, vuestro tormento  
la vida me ha de quitar!)

Escóndese CÉSAR y salen SIRENA y  
ALEJANDRO. [Habla SIRENA a ALEJANDRO aparte]

SIRENA: Yo sé que el duque entró aquí.

ALEJANDRO: Disimula, si procuran  
los celos que celos curan  
curar nuestro frenesí.

NARCISA: ¡Pues, Marquesa, a tales horas  
no se admiten desafíos!

SIRENA: No, mas hácese amistades  
que turbaron desatinos.  
Tan avergonzada vengo,  
Narcisa, de haber desdicho  
mi estimación de enterezas,  
nobles en mí a los principios,  
que de mí misma agraviada  
he tomado por castigo  
el venirme a dar gozosa  
plácemes que por ser míos  
harán tus dichas mayores.  
Goces a César mil siglos  
de amantes y honestos lazos  
que amor dilate con hijos.

NARCISA: Guárdete, marquesa, el cielo  
otros tantos, que ya estimo  
en más mi suerte pues llega  
a gratularse contigo.

SIRENA: ¡Ay amiga, que ya vuelvo  
a darte este nombre antiguo,  
qué necias hemos estado  
y yo qué bárbara he sido!  
Sirvióme antes que heredase  
el duque y su amor remiso  
quise aquilatar con celos;  
salióme mal este arbitrio.  
Amóte y menosprecióme  
y a ser yo cuerda, en su olvido  
fundara felicidades  
que, aunque tarde, solicito.  
Envidiéte; soy mujer,  
¿qué mucho?; puse a peligro  
mi salud y mi sosiego;

quiso rendirse a partido  
mi presunción. No admitió  
César desengaños dignos  
de estimación en los nobles;  
pagó en desprecios suspiros;  
abrieron sus desengaños  
los ojos a mis sentidos,  
castigué mis liviandades  
y restauréme el juicio.  
No es de mi inclinación César;  
somos los dos tan distintos  
en condiciones que fueran  
sus regalos mi martirio  
a desposarme con él.  
Obligáronme servicios  
a torcer mi inclinación;  
yo presumida, él altivo,  
si amante no pude hacer  
que despidiese un amigo,  
a mi voluntad opuesto,  
de sus secretos archivo,  
mal mi gusto procurara  
teniéndome en su dominio,  
pues de un amante rebelde  
se hace un tirano marido.  
Quise volverme a mi estado,  
cuando a consolarme vino  
Alejandro, y consolarse,  
quejoso de tus desvíos.  
No sé qué deudo se engendra  
entre los que de un mal mismo  
están enfermos; mas sé  
que al instante que nos vimos  
los dos lo que compasión  
recíproca fue al principio  
convirtió la semejanza  
del mal en amor benigno.  
Yo despreciada de César,  
él por ti puesto en olvido  
y los dos vuestros estorbos,  
páreceme que os servimos  
él y yo si os despejamos  
respetos de haber querido  
y agraviar pasadas prendas  
que dan pena a agradecidos.

NARCISA: ¿Luego Alejandro pretende  
ser tu esposo?

ALEJANDRO:               Determino  
aun hasta en esto imitar  
las dichas que en vos envidio.  
Sirena --dadme licencia  
para alabarla-- es prodigio  
de amor, pues cura mis celos  
contra la opinión de Ovidio.

NARCISA:     Cure muy en hora buena;  
mas ¿para qué habéis venido  
a darme a mí cuenta deso?  
¿Podréis los dos persuadiros  
que vengándoos de mudanzas  
he de llegar yo a sentirlo  
de suerte que forme quejas?  
¡Qué estratagema tan tibio!  
Quiéreme a mí el duque bien;  
para ocupar tal vacío  
sois vos muy poco sujeto.

ALEJANDRO:   Yo con César no compito;  
antes vengo a suplicaros  
que siendo nuestros padrinos  
facilitéis con su alteza  
permisiones; que he temido  
que gusta estorbar mi suerte.

NARCISA:     Otro tanto me ha pedido  
Marco Antonio, confiado  
en que siempre fue bien visto,  
cuerda elección de Sirena.

SIRENA:     Por eso solo le privo  
de tan desigual intento.

NARCISA:     ¿Pues no le has favorecido?

SIRENA:     Por causar celos a César  
amante le hice de anillo.  
Salióme mal esta traza;  
tenga, condesa, contigo  
mejor lugar mi elección  
y haz esto que te suplico.

NARCISA:     Yo vengo muy bien en ello;  
mas temo que ha de impedirlo  
el duque, formando agravios  
de que en prenda que bien quiso  
ponga un vasallo los ojos...  
Excusad este peligro  
y daos las manos los dos  
sirviéndoos yo de testigo;  
que hecho una vez no tendrá  
remedio cualquier disignio

que pretenda deshacerlo;  
y después si le apaciguo  
--que sí haré según me adora--  
podréis más ostentativos  
celebrar conformidades.

ALEJANDRO: ¡Qué bien, señora, habéis dicho!

Dadme, marquesa, esa mano.

SIRENA: El alma con ella os rindo.

Dánselas

NARCISA: (¡Cielos, que esto va de veras!) Aparte

CÉSAR: (¡Tormentos, ¿qué es lo que miro? Aparte

¡Vive Dios que pierdo el seso!)

Apártalos

NARCISA: Esperaos; que es desvarío

en lo que ha de durar tanto  
arrojaros sin medirlo.

Mirad, que los dos celosos

determináis ofendidos

sospechando que os vengáis

peligrosos laberintos.

Yo sé que no os queréis bien;

acabad de persuadiros,

que os entiendo.

ALEJANDRO: Acabad vos,

Narcisa, ya el impedirnos

lo que os importa tan poco;

que por el cielo os afirmo,

ya que llegáis a apurarme,

y por su eterno artificio

que de veros empleada

en César, de quien no envidio

mudanzas que en vos adora,

estoy tan agradecido

cuanto os soy deudor de haberme

el alma restituido,

que tiranizada un tiempo

se malogró en vuestro hechizo.

Sirena --que pues a esto

llegamos fuerza es decirlo--



os hace tantas ventajas  
en la belleza que admiro,  
la discreción, la firmeza,  
que el duque puso en olvido,  
cuanta la luz a la sombra,  
cuanta el diamante a los vidrios.  
Mátenme vuestros desprecios  
y vuelva yo a los martirios  
de amaros --que es maldición  
que tiemblo-- si no os olvido,  
si a la marquesa no adoro  
más que al sol el opuesto indio,  
más que el imán a su estrella,  
más que la flor al rocío.

SIRENA: Y yo, que lealtades pago  
si menosprecios castigo,  
tanto a César aborrezco  
cuanto en vos, amante mío,  
de dueño y gustos mejoro;  
que el imperio no hace digno  
a quien por sí desmerece,  
ni yo sus lisonjas sigo.  
Vos firme, César mudable;  
vos afable, él presumido;  
vos amoroso, él severo;  
vos leal, él fementido;  
¿qué más dicha que olvidarle?  
¿qué más suerte si os elijo  
y que más bien que llamaros  
descanso de mis suspiros?

Sale CÉSAR

CÉSAR: Primero, mudable ingrata...  
NARCISA: Primero, desconocido...  
CÉSAR: Que tal veas...  
NARCISA: Que tal goces...  
CÉSAR: Mi venganza...  
NARCISA: Tu castigo...  
CÉSAR: Narcisa, ya yo no os amo.  
NARCISA: Señor, lo que os quiero finjo.  
CÉSAR: Celos se curan con celos.  
NARCISA: En mi daño lo averiguo.  
CÉSAR: Dad la mano a vuestro amante.  
NARCISA: Resistiré ofendido.

ALEJANDRO: Mal podré si satisfecho  
adoro lo que resisto.

Dánselas

CÉSAR: Vos marquesa sois mi esposa.  
SIRENA: Bien os tengo merecido.

Dánselas

CÉSAR: Basta, que amor funda estados  
y da en admitir arbitrios.

Sale CARLOS

CARLOS: En busca de vuestra alteza...

CÉSAR: Carlos, dad reconocido  
los plácemes a mi esposa  
y vos, mi bien, a mi amigo  
favoreced.

SIRENA: Con tal nombre  
en estimarle os imito.

CARLOS: Gocéis los dos mil años.

Sale GASCÓN

GASCÓN: ¡Dos horas, cuerpo de Cristo,  
con la prisión jardinera!  
¡Si supieras los mosquitos  
que me daban garrochón!  
Pero ¿qué es esto que miro?  
¿Dos a dos y mano a mano?  
¿Juegan cañas Valdovinos  
y Belermas? Si os casáis  
el cura soy; yo os bendigo.  
Marco Antonio está a la puerta,  
pues no es de los escogidos;  
a la puerta por lo bobo  
le arroje amor como niño  
y escarmienten en él necios.

CARLOS: El senado sea testigo  
de que en materia de amores  
según los ejemplos vistos  
celos con celos se curan.

GASCÓN Si contentan, digan vitor.

FIN DE LA COMEDIA

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

